

Parte 1



DETRÁS  
DEL  
ESPEJO

GENERALES OSCUROS LIBRO 1

L. VÉLEZ

# Detrás del Espejo

## *Generales Oscuros Libro 1*

### *Parte 1*

I. Vélez

Los personajes y eventos narrados en este libro son pura ficción. Cualquier similitud con personas, vivas o muertas, y lugares son productos de la imaginación del autor o usados con propósitos ficticios.

Copyright © 2020 I. Vélez  
Todos los derechos reservados.

Cualquier reproducción, almacenamiento o grabación de este libro es ilegal sin el consentimiento escrito del autor.

Portada hecha por KUDI-Designs.

Para mi hermosa familia y todos aquellos que insistieron en que publicara mi primer libro en español.

# Contenido

[Glosario de Términos](#)

[La Curiosidad Mató al Gato](#)

[Tratos con el Diablo](#)

[Placeres Peligrosos](#)

[Atrapados por la Magia](#)

[Marcados de por Vida](#)

[El Veneno de los Monstruos](#)

[Aliados en la Oscuridad](#)

[Recuerdos de un Pasado Cercano](#)

[Batallas que Dejan Huella](#)

[La historia continúa](#)

Acerca del Autor

## Glosario de Términos

**Akmaderys** – significa Ojo de Akmeral. Es una importante ciudad satélite en el territorio de la reina Karish'Lial que es gobernada principalmente por la clase sacerdotal. Hogar de Itagar.

**Akmeral** – diosa de la luna y la oscuridad que los dökkálfar adoran como su patrona.

**Álfheim** – planeta originario de los elfos y hadas de luz.

**Aramek'lam** – conexión psíquica que existe entre las almas gemelas y la razón por la que pueden sentir los sentimientos del otro.

**Ar'gik Chysmallar** – título de la diosa Akmeral que significa Señora de los Ojos Brillantes.

**Carcanak** – dios del sueño. Es una de las principales deidades de los dökkálfar.

**Dökkálfar** – nombre que los elfos oscuros usan para su raza.

**Girash'mir** – el poder de los nombres.

**Glavarshker** – pérdida del segundo colmillo.

**Ljósálfar** – nombre que los elfos de luz usan para su raza.

**Midgard** – la Tierra.

**Sar'gek** – querido colmillo.

**Svartálfaheim** – planeta originario de los elfos oscuros y los enanos.

# La Curiosidad Mató al Gato

## 1

Adara se quedó observando al cartero como si al pobre hombre le hubiese surgido un tercer ojo en medio de la frente. ¿Por qué estaba recibiendo un paquete cuando ella no había comprado en línea ni mandado a pedir nada? Ni siquiera tenía familiares fuera de la ciudad para que le enviaran regalos sorpresa a su casa... Entonces, ¿quién era responsable por el paquete que el hombre sostenía entre sus brazos? Y más importante aún: ¿debía rechazarlo o aceptarlo?

—¿Señorita? —preguntó el cartero con la mirada preocupada.

*Podría decirle que yo no esperaba ningún paquete y desentenderme de él, pero...* La curiosidad estaba haciendo estragos en Adara. Algo le decía que esa caja había sido enviada exclusivamente para ella y debía recibirla. El mero hecho de pensar en rechazarla le estaba provocando taquicardia.

—¿Señorita, se encuentra bien?

Un correo electrónico llegó a su celular en aquellos momentos, haciendo que un tono de campanillas repiqueteara dentro del bolsillo delantero izquierdo de sus mahones cortos. Sus labios se curvaron al tocar la notificación que apareció en su pantalla y leer el corto mensaje.

*Así que fueron ellos.*

—Sí, sí. Disculpe —se excusó ella con una sonrisa, guardando el móvil nuevamente. Con el corazón más tranquilo, cogió la pluma que descansaba sobre la caja y firmó el documento, confirmando la entrega. Tomó el paquete mediano envuelto en el típico papel marrón, despidió al hombre y cerró la puerta.

Según su correo electrónico, el paquete en sus manos debía ser el regalo que los gemelos a quienes enseñaba a domicilio le habían enviado. Era fácil imaginar a los dos chiquillos de once años importunando a su padre hasta que el señor Marqués diera su brazo a torcer y los tres terminaran llevando el paquete personalmente a la oficina de correo.

Adara sacudió la cabeza mientras reía entre dientes.

Sus ojos bajaron hasta la caja en sus manos y una sensación rara le recorrió la espalda. Mirando el paquete con intriga, se sentó en el sofá de su sala y lo colocó en su falda sin dejar de observarlo. No tenía ninguna dirección aparte de la de ella a pesar que el señor Marqués nunca había demostrado ser así de descuidado o reservado con su correspondencia. Era algo raro que la estaba poniendo nerviosa de nuevo.

*Bah, quizás los niños lo apuraron tanto que olvidó poner sus datos.* Los gemelos podían ser muy desesperados a veces.

Solo tenía que abrirlo y de seguro que esa sensación de ansiedad, que se le había metido bajo la piel, se desvanecería una vez su curiosidad estuviera saciada.

El olvidado televisor continuaba mostrando su novela coreana favorita, pero el mundo a su alrededor había perdido importancia; solo importaba el paquete y su contenido. Suspirando y con la ansiedad atacándola sin piedad, desgarró la envoltura marrón para encontrarse con una nítida caja negra. La superficie era lisa y suave al tacto, como si estuviera hecha de madera pulida. La tapa estaba adherida a la parte trasera por dos pequeñas bisagras doradas, pero, aparte de eso, no existía ningún otro diseño en el misterioso objeto.

Adara torció el gesto y entrecerró los ojos, ya no podía aguantar más la curiosidad. Respirando hondo para darse valor, abrió la caja y quedó maravillada con la belleza que guardaba en su interior.

Un hermoso espejo de un pie de diámetro reflejaba la admiración de su rostro. Espirales de varios tamaños con hojas en forma de corazón enmarcaban el cristal y brillaban, emitiendo una suave luz prismática que parecía centellear. Era extraño, pero invitante.

*Este no puede ser el regalo de los gemelos. Debo estar soñando.*

La chica no podía descifrar quien o por qué en realidad le habían enviado tan raro espejo— si era eso lo que era ya que un espejo normal no emitiría luz como si fuera una estrella— pero el deseo de tomarlo entre sus manos la obligó a olvidar la razón y seguir sus anhelos.

Con manos un poco temblorosas, Adara tomó el hermoso objeto entre sus manos y lo sacó del interior forrado de terciopelo de la caja. No bien salió, el cristal onduló para luego tornarse caliente, haciendo que la chica lo soltara; pero en vez de hacerse pedazos en el suelo, éste quedó erguido como si fuera capaz de mantenerse en pie por una base invisible. Fue perdiendo su forma poco a poco, tornándose líquido mientras giraba en espiral y se agrandaba frente a los ojos de la boquiabierta muchacha.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Acaso estaba soñando despierta?

La joven trepó asustada por el espaldar de su mueble y se apartó de lo que, hasta hacía unos minutos, fue el espejo. El agua continuaba girando mientras su diámetro crecía en tamaño. Adara no creía lo que veían sus ojos, sencillamente le era imposible de procesar. El miedo se apoderó de ella; su corazón comenzó a palpar y un grito fue subiendo por su garganta. Justo cuando iba a exteriorizar su temor, el cristal líquido dejó de girar, formando una versión de tres metros de altura del pequeño espejo. La única diferencia: el cristal ahora le mostraba un lugar oscuro, iluminado levemente por extraños hongos bioluminiscentes.

*Finalmente te volviste loca, Adara, o las uvas que te comiste estaban fermentadas y te están provocando alucinaciones.*

Ella se acercó al espejo con lentitud, mirando con cierta curiosidad el oscuro y extraño paisaje. La luminosidad de los diseños metálicos aumentó haciendo que sus ojos se entrecerraran un segundo antes que un flash plateado llamara su atención de vuelta al cristal. Preguntándose qué había visto, tocó la superficie y ésta creó suaves ondas que se extendieron hasta los límites del espejo.

—Es agua —murmuró la joven, observando sus dedos mojados.

Algo se movió en el interior de la oscuridad y, sin pensarlo dos veces, ella atravesó el cristal líquido con intenciones de descubrir quién o qué se hallaba allí dentro. Se encontró parada en medio de una especie de caverna de cuyas húmedas paredes de roca nacían aquellos extraños hongos. Dio algunos pasos hasta acercarse a un grupo de ellos que quedaba a su izquierda y eran iluminados en parte por la luz emitida desde el espejo. Cuando tendió su mano para tocar un hongo rosado, la luz prismática parpadeó un instante para luego desaparecer, sumiéndola en una repentina negrura.

—No, no es posible —El corazón de Adara se desbocó mientras ella permanecía paralizada por el pánico que poco a poco se apoderaba de su cuerpo. Su respiración comenzaba a entrecortarse cuando vio los curiosos hongos de nuevo. Pequeñas sombrillas de varios colores y tamaños se esparcían alrededor de los lugares más húmedos, iluminando levemente las cercanías. Lamentablemente para la chica, la bioluminiscencia no se extendía hasta donde el espejo había estado.

La sangre volvió a recorrerla con rapidez, pero esta vez llenándola de enojo, no temor.

—¡Maldita sea mi suerte! —murmuró furiosa mientras caminaba a ciegas, esperando encontrar el camino de vuelta a su hogar a través de la espesa oscuridad.

Luego de unos cuantos pasos en la dirección que ella creía correcta— moviéndose igual a un zombi, o sea, con los brazos extendidos hacia adelante— sintió el crujir de vidrios rompiéndose bajo sus pies. El rostro de Adara palideció y dio un paso atrás de inmediato, arrodillándose para palpar el suelo.

—Destruiste tu única salida de este agujero, ¡que torpe eres!

La chica se incorporó con rapidez y miró sobre su hombro hacia donde provenía la profunda voz. Allí, iluminado por el suave brillo de unos hongos azules, podía ver el rostro de un hombre con penetrantes ojos plateados que sonreía con malicia.

Itagar la observó con detenimiento. El cabello azul con amplias raíces negras le caía por el pecho hasta descansar sobre sus senos. Sus ojos, aunque agrandados por el temor, lucían un hermoso azul claro que le traía viejos recuerdos. Las facciones de su rostro en forma de corazón eran delicadas, casi juveniles, demasiado parecidas a las de *ella*... la hechicera humana por la cual vivía una condena.

—¿Qui-quién eres y qué haces aquí?

*Incluso su voz es parecida.* El elfo maldijo internamente, pero continuó con voz neutral.

—Eso mismo podría preguntarte yo a ti. Eres tú la que está invadiendo mis dominios.

La humana palideció y tragó en seco antes de responderle en un hilo de voz.

—Mi nombre es Adara y yo... aún no entiendo cómo es posible todo esto. ¿Cómo te llamas?

—Si crees que voy a decirte mi nombre tan fácil, estás muy equivocada, Adara —La observó estremecerse cuando pronunció su nombre y una sonrisa curvó sus labios. Deshizo el clon con el que la chica estaba conversando, recogió los pedazos del espejo en el suelo y se acercó desde la espalda para susurrar en el oído de ella—. Darle tu nombre a alguien es darle dominio sobre ti. Yo no permito que nadie me controle.

La joven saltó lejos del susto, agarrándose el pecho como si su desbocado corazón fuera a huir de ella en cualquier momento.

Negando con la cabeza lentamente, Itagar se acercó a la pequeña humana. Ella se hallaba entre medio de unos hongos verdes y rosas, tratando de ver con mayor claridad. Sin embargo, su miedo estaba despertando a la bestia que dormitaba en el interior de él, haciendo que ansiara bañarse en sangre humana por enésima vez... igual que había hecho con todos sus compañeros de celda anteriores.

—Si querías asustarme, lo lograste. ¿Por qué no dejas eso de una vez y vienes a la luz donde te puedo ver?

*Mmmm.* Arrinconada entre la pared de roca tras ella y una estalagmita parecía un pequeño ratón a punto de ser devorado por un gato. Una corriente placentera bajó por su columna sólo de imaginar cómo se sentiría la sangre de ella deslizarse sobre su piel.

El dökkálfar respiró profundo para tratar de borrar las imágenes sangrientas de su cabeza y usó sus habilidades psíquicas desde la protección de la oscuridad. Cada una de sus víctimas anteriores había sido culpable de alguna atrocidad contra inocentes a lo largo de su vida: asesinatos, violaciones, mutilaciones, traiciones, etc. Todos habían sido condenados por la Gran sacerdotisa de Akmeral y él los había ejecutado contento ya que no amenazaban la promesa que le había hecho a la hechicera; pero con esta chica era diferente. Por más que buscaba entre las memorias de ella, no hallaba nada que la sentenciara a muerte. No tenía ni una sola gota de perversidad en su sangre. Rompería su promesa, y de seguro le caería algún tipo de maldición, si llegaba a matar a la mortal frente a él.

Luchando con sus impulsos oscuros, Itagar se acercó al suave brillo de las plantas bioluminiscentes y le tendió los pedazos del espejo sin pronunciar palabra. Si no podía tener su sangre quizás podía tener algo igual de seductor...

La chica tomó los restos murmurando su agradecimiento, miró a su alrededor y luego escondió un mechón de cabello azul tras su oreja perforada; un claro gesto de nerviosismo.

—¿Podrías decirme donde está la salida de este lugar?

—No hay salida porque esto es una prisión. Mi prisión —respondió él sin quitarle los ojos de encima. Adara no tenía mal cuerpo, sus curvas estaban en los lugares correctos y sus atributos femeninos eran del tamaño adecuado; mayores que los de las escuálidas elfas oscuras que conocía, pero no exagerados—. Tú única salida era el espejo —El rostro de ella se llenó de terror, sus ojazos azules se agrandaron de nuevo y el labio inferior comenzó a temblarle. En su desesperación haría cualquier cosa con tal de volver a su hogar—. Pero... yo puedo arreglarlo a cambio de que me regales un beso.

—¿Qué? Ni siquiera sé tu nombre y, ¿quieres que te bese?

El elfo oscuro se encogió de hombros, restándole importancia al asunto.

—Es eso o quedarte aquí, de lo cual no me quejo, hasta que tarde o temprano mis carceleros se den cuenta de tu presencia y decidan asesinarte. Créeme, no te gustará que te atrapen, los dökkálfar tendemos a dar muertes lentas y agonizantes.

Un sudor frío resbaló por la espalda de Adara mientras las palabras del “dökkálfar”, como se auto nombró el hombre, surtían efecto en su cuerpo. Estaba en graves problemas si le tomaba la palabra al señor no-quiero-revelar-mi-nombre, pero algo le decía que no le estaba mintiendo. Ella podía ver al monstruo que intentaba rasgar la superficie dentro de sus extraños ojos claros. Era igual de atemorizante que ver un león en el zoológico tratando de atacar a las personas tras el cristal de su jaula.

—¿Y bien? —insistió; su voz tan oscura como el color carbón de su piel.

La chica lo miró con detenimiento mientras no-quiero-revelar-mi-nombre le devolvía la mirada con una ceja enarcada. A primera vista lucía como cualquier hombre, pero de cerca se podían apreciar las facciones angulares y finas del rostro, los ojos tan claros que parecían brillar como la plata, y un largo cabello claro que debido al reflejo de la mística vegetación a su alrededor, no le era posible descifrar la coloración exacta; aunque apostaba que era rubio. Le recordaba a los elfos oscuros que aparecían en el juego online con el que su exnovio estaba obsesionado.

*¡Un beso no te costará nada, Adara! Además el chico es un papito rico a pesar de no ser humano.*

Con un largo suspiro por las calenturas de su pervertida cabeza, la chica trató de responder sin que el miedo llegara a su voz.

—Acepto, pero tendrás que reparar el espejo antes de recibir beso alguno.

—¿Con que esas tenemos? —Una lenta sonrisa curvó los labios de él antes que la sostuviera de la muñeca—. Sujeta esos pedazos muy bien, necesitaremos cada uno de ellos —le advirtió, arrastrándola consigo hacia la oscuridad de un tenebroso túnel.

# Tratos con el Diablo

## 2

Adara trató de mantener cada pedazo de cristal dentro del marco del espejo, pero al tropezar con una roca en medio de la negrura, uno de ellos se resbaló y, al tratar de cogerlo, el vidrio le abrió un corte en la palma de su mano. La chica gritó, deteniéndose, pero antes que pudiera decir algo, la oscura mano del dökkálfar le tapó la boca y su cuerpo la atrapó contra la pared desigual a su izquierda. Podía sentir cómo algunas rocas un poco filosas presionaban contra su espalda.

—No vuelvas a gritar de esa forma o alertarás a mis carceleros de tu presencia —le advirtió él con enojo contenido en su voz y ojos que se habían vuelto cromados.

Ella asintió, tragando saliva y observándolo a los ojos con los suyos como platos. Él murmuró algo en un idioma extraño que marcaba bastante las “a” para luego rasgar un pedazo de la tela roja que hacía las veces de cinturón. Con una suavidad que sorprendió a Adara, el dökkálfar tomó su mano herida y la vendó teniendo cuidado de no ajustar la tela demasiado.

Las manos de no-quiero-revelar-mi-nombre permanecieron un poco más de lo debido sobre su piel, haciendo que ésta hormigueara y una sensación de revoloteo se alojara en su estómago. Él pareció percibir su incomodidad pues de inmediato la soltó, se volteó con una expresión seria en su rostro y continuó por el laberinto subterráneo sin detenerse a observar si ella lo seguía.

—¡Oye, espérame! —exclamó la chica con un poco de miedo al alzar la voz y se apresuró a alcanzarlo cuando su compañero se detuvo por unos breves segundos en respuesta a su petición.

Varios giros, tropezones y caminos resbaladizos llenos de musgo fosforescente después, llegaron a una galería ovalada cuyas paredes rocosas se curvaban hasta formar el techo. Justo en el medio de éste se podía ver una abertura en forma de media luna que mostraba las sombras del cielo nocturno. Directamente debajo de la abertura se alzaba un altar de roca veteadas por plata de cuyas cuatro esquinas se erguían las más exquisitas esculturas de una hermosa mujer con arañas alrededor de sus pies descalzos y murciélagos sobre sus hombros.

Adara se quedó observando de cerca tales obras de arte, maravillada por la belleza y el detalle con el que fueron hechas.

—¿Quién es?

Itagar se acercó observando el cielo nocturno. Aún faltaban algunas horas para que la luna saliera y pudiera reunir el poder suficiente para reparar el espejo, así que para matar el tiempo podía reclamar su pago por adelantado.

—Esa es la diosa Akmeral en su forma bondadosa —Se acercó a la humana mientras le sostenía la mirada, tomó el espejo en pedazos, teniendo cuidado de rozar sus manos, y se alejó para montar el rompecabezas cristalino sobre el altar de piedra—. Normalmente la representamos en su forma despiadada, un monstruo con patas de araña y enormes alas de murciélago, pero la gran sacerdotisa decidió hasta qué aspecto de la diosa podía adorar cuando me encerró aquí.

—¿Por qué te encarcelaron en estas cuevas?

Uno de los cristales se le resbaló de las manos, partiéndose en dos pedazos que él se apresuró a reacomodar. La voz de Adara cargaba el mismo tono triste que la hechicera había usado en el pasado para preguntarle por qué la gran sacerdotisa lo torturaba todos los días. *¡Basta! Esta chiquilla no es ella, sólo se parecen. Mantén la cabeza fría, Itagar, y deja a los muertos*

*descansar.*

—Eso no es de tu incumbencia, jovencita —dijo, invadiéndole por completo el espacio personal y colocándole su índice bajo el mentón. No le gustaba que supieran que fue encerrado por no querer asesinar a una mujer inocente. Prefería que le temieran a que le tomaran pena—. Mejor dame ese beso que me prometiste.

La chica parpadeó como si despertara de un trance y se apartó de su acompañante de inmediato.

—¡Como si tú fueras un anciano! No te ves mayor que yo —Ojos azul cielo se le quedaron observando detenidamente—. Es inútil —murmuró Adara suspirando—. Eres uno de esos elfos oscuros que aparecen en las historias, ¿verdad? ¿Acaso no puedes hacer magia y encender una luz? Lo único que veo es tu silueta.

—Yo puedo verte a la perfección en la penumbra —le respondió, acercándosele de nuevo y casi atrapándola contra el altar.

—Pero yo no —aseguró ella sin aliento. La cercanía de ese extraño comenzaba a afectarla en más de una manera—. ¿Por favor? Te daré dos besos ahora más el que te prometí si enciendes una luz.

*¿Qué demonios estás haciendo, Adara?*

*¡Calla! Está haciendo lo que debe para disfrutar al máximo esta experiencia.*

Itagar le regaló una media sonrisa, miró hacia la pared rocosa a su izquierda y susurró entre dientes un hechizo. El canal lleno de aceite, el cual había sido tallado en las mismas paredes de roca que conformaban la galería, se encendió en llamas, iluminando todo el lugar.

La humana se le quedó mirando, abriendo la boca como si fuera un pez fuera del agua.

—¡E-eso fue in-cre-í-ble!

Mortales. Siempre eran tan fáciles de impresionar.

—Ahora, ¿dónde están mis besos?

La muchacha asintió, conciente de que su cuerpo temblaba mientras rodeaba el cuello del dökkálfar con sus brazos y él la apretaba contra su firme torso. El corazón le martilleó en el pecho, amenazando con saltar fuera, y una chispa eléctrica bajó por su columna cuando sus miradas se cruzaron. Estaba en lo correcto al comparar los ojos de no-quiero-revelar-mi-nombre con la plata pues ahora que podía observarlos con claridad, eso era lo que le recordaban: plata líquida.

Varios tonos de grises se mezclaban en aquellos iris, dándoles el brillo característico del metal. Eran ojos hermosos, pero absolutamente inhumanos; y aún así podría perderse en ellos todo el día sin sentir otra cosa más que admiración.

—¿Es tu primera vez?

Esas palabras la volvieron a la tierra. Sin embargo, había descubierto algo muy interesante. Al parecer ella no era la única cuyas hormonas estaban siendo afectadas. La voz del dökkálfar había cambiado, tornándose ronca y su respirar se escuchaba un tanto acelerado.

Adara sacudió su cabeza mientras sonreía.

—Es que me asusta un poco el que no seas humano.

Él se relamió los labios sin apartar la mirada de aquellas aguamarinas.

—Mi raza será conocida por su crueldad, pero yo intentaré tratarte con toda la delicadeza que mi naturaleza me permita.

*Habla como si fuera a recibir más que besos.*

*¡Claro que lo hará! A este lo viraremos como media*

*¡Por supuesto que no! Sólo serán tres besos y se acabó, de mi maíz ni un grano.*

Casi pudo oír la carcajada de su lado pervertido. *Ay, Adarita, terminarás regalándole la*

*mazorca entera.*

—¿Vas a hacerme esperar toda la noche? —le susurró Itagar al oído, tan dulce como la miel.

Ella sacudió la cabeza, acariciándolo con sus largos mechones azules antes de que aquellos labios se apresuraran sobre los suyos. Un gemido ahogado se le escapó al sentir la suavidad de labios por primera vez en mil años, haciendo que su sangre corriera toda hasta su entrepierna. Excitarse por tan sólo un roce de piel era humillante, pero una triste realidad cuando todas las víctimas que te enviaban a lo largo de tu condena eran varones.

Su cuerpo ansiaba el de ella con ferocidad mas debía controlarse pues él nunca fue como sus hermanos que tomaban todo aquello que deseaban por la fuerza. La violación no le era apetecible, incluso cuando perdía el control sobre la bestia violenta que habitaba en su interior.

La boca de Adara tenía un tenue sabor a uvas que le recordaba sus días en la superficie. Saboreándola, disfrutó de sentir suaves dedos enredándose en su largo cabello blanco mientras sus propias manos bajaban por las curvas de ella hasta detenerse sobre sus generosas nalgas.

La chica se apartó, sintiendo calor inundar su cuerpo, especialmente aquella parte que no había sido atendida por un hombre en los pasados seis meses. Con la respiración agitada, ella le regaló una sonrisa pícara a su oscuro acompañante.

—Sólo uno más —susurró casi sin aire—. Y quita tus manos de mi trasero, accedí a besos no manoseo.

—Eran tres no dos —le reclamó él, inclinándose sobre ella hasta que sus alientos se mezclaron.

—Dos ahora, uno luego.

Él entrecerró sus ojos y sin mediar palabra la besó, mostrándole toda la pasión que bullía en su interior. Esa vez ella no pudo evitar el suave gemido que logró escapar de su boca ni se quejó cuando él rozó su erección contra su entrepierna.

Adara sentía fuego correr por sus venas, haciendo que quisiera más que simples besos. Lo que ella necesitaba desesperadamente era que el dökkálfar la hiciera gritar de placer. Quería sentirlo contra su piel.

Sus uñas se deslizaron fantasmales sobre el torso tonificado del preso tan pronto como detuvieron su beso para recuperar el aliento. Sin embargo, él se congeló de pronto y sus ojos plateados reflejaron temor por primera vez desde que toda esa locura comenzó.

—Escóndete en la oscuridad del túnel por donde llegamos. Si te ven no podré hacer nada para salvarte.

La chica se le quedó mirando como si no entendiera una sola palabra. ¿Qué pasó? ¿Acaso no era él quien estaba empeñado en tener relaciones? Ahora que ella se había excitado era él quien no deseaba continuar. ¿Sólo estaba jugando con ella?

—¿Qué estás esperando, Adara? Mis carceleros llegarán pronto.

La chica palideció, dándose cuenta del peligro, y corrió a esconderse mientras Itagar se acostaba sobre el altar, teniendo cuidado de que el espejo quedara oculto bajo su espalda, para luego acomodarse como si estuviera observando las estrellas.

Las pisadas que había escuchado fueron acercándose hasta que dos guardias se asomaron a través de la grieta en forma de medialuna. Uno era musculoso con piel morada y cabello rubio mientras que el segundo, de leve musculatura, tenía la tez gris oscura y el cabello plateado.

Reiner y Sheif.

Los conocía muy bien pues habían servido bajo su mando antes que fuera culpado de traición y encerrado en aquellas cuevas. Eran los típicos dökkálfar que descargaban su miseria en todo aquel que ellos consideraban inferior. A menudo gustaban de burlarse y tratar a los demás como mierda. Sin embargo, para agravio de ellos, sus sonrisas burlonas ya no surtían el mismo efecto de antes.

Mil años en prisión hacían que olvidaras el orgullo.

El rostro de Sheif se ensombreció al darse cuenta de donde estaba Itagar acostado.

—¿Acaso un milenio en este hoyo te ha ablandado el cerebro? ¡Baja de ese altar en este instante! Ten más respeto con la *Ar'gik Chysmallar*, esa no es tu maldita cama.

—La Señora de los Ojos Brillantes no está aquí en el momento así que no le importará — respondió el prisionero sin quitar la vista del mar de estrellas que se extendía sobre ellos.

Sheif estuvo a punto de saltar dentro de la caverna, pero su compañero lo detuvo y se apresuró a cambiar de tema.

—Veo que aún no has recibido el nuevo sacrificio.

—¿De qué hablas, Reiner?

—La gran sacerdotisa escogió a tu próxima víctima —Una terrible sonrisa cruzó el rostro del dökkálfar de piel morada—. Es una mujer humana. Asegúrate de matarla esta vez, no queremos que se repita el pasado.

Itagar tuvo que suprimir el fuerte impulso de sentarse que lo invadió al oír esas palabras para no revelarles lo que ocultaba. Sólo se permitió mirar fríamente directo a los ojos lilas de su interlocutor.

—Esperemos que nuestro querido *general* no vuelva a mostrar compasión hacia un humano — gruñó Sheif y escupió hacia el prisionero sólo para ver cómo el escupitajo se evaporaba al tocar el hechizo que cubría la grieta. Por un momento había olvidado que nada podía entrar o salir de aquella prisión sin tonarse cenizas debido a la rejilla de fuego invisible—. Tch. Eres una vergüenza para nuestra raza, ni siquiera vales el hilo con el que la *Ar'gik Chysmallar* te tegió — murmuró con una ceja alzada y una mueca de asco antes de alejarse de la grieta.

Reiner le regaló una media sonrisa mientras sus ojos brillaban con malicia.

—Recuerda que sólo te falta uno más para cumplir tu condena. Sacrifica a la humana y la diosa devorará tus pecados, borrando tus transgresiones de la memoria de todos nosotros. Será un nuevo comienzo.

Un nuevo comienzo.

*¡Si tan sólo fuera tan sencillo!* La vida nunca había sido fácil para él mas ahora era terrible; pues si asesinaba a Adara estaría maldito por siempre, pero si no, su sentencia comenzaría de cero nuevamente o peor aún... se convertiría en el próximo sacrificio para Akmeral.

Itagar levantó la vista hacia donde había estado Reiner, pero ya no había nadie allí. Como siempre aquellos idiotas eran mejores en la retirada que en el ataque.

# Placeres Peligrosos

## 3

Asegurándose que los guardias se habían ido antes de actuar, el elfo oscuro se sentó para luego bajar del altar de un salto. Las palabras de Reiner todavía retumbaban en su cabeza cuando encontró a la chica sentada contra una estalagmita en la oscuridad del túnel. Tenía la cabeza agachada contra las rodillas y los brazos alrededor de éstas, como si quisiera esconderse del mundo. Hongos azules y rosados la rodeaban, iluminándola con su colorido brillo.

*«Veo que aún no has recibido el nuevo sacrificio.»*

Itagar podía oler lágrimas frescas así que la chica había oído todo el intercambio entre él y sus carceleros. ¡Maldita sea! Al parecer maldijo en voz alta, no en sus pensamientos, porque la joven de cabello azul alzó la cabeza de inmediato, mostrando sus preciosas aguamarinas repletas de lágrimas.

*«Es una mujer humana.»*

No había duda alguna en su mente que Adara era el último sacrificio a la Gran sacerdotisa de Akmeral. Cien muertes a lo largo de un milenio como castigo por proteger la vida a una hechicera humana a quien él sabía inocente, pero a la cual su ama, la gran sacerdotisa, se empeñó en hallar culpable.

—Me engañaste desde un principio. ¿Cómo pudiste ser tan despiadado?

Aquella situación era una daga en el corazón del elfo; era como si reviviera su pasado. De hecho en vez de ver a Adara delante de él, la veía a ella, la hechicera de profundos ojos azules y cabello negro. Incluso luego de un milenio, el recuerdo de aquella mujer que le enseñó a amar aún lo perseguía.

—¿Pensabas montarme como un yegua primero para luego cortarme el cuello? ¡Yo confié en ti, maldita sea!

—No. Yo no...

—¿No qué? ¿No ibas a montarme o no ibas a matarme?

El elfo suspiró y, con una rapidez sobrehumana se acercó a ella, tapándole la boca. Sus ojos se tornaron cromados al susurrar una palabra que obligó al cuerpo de la chica a levantarse por sí solo.

Las aguamarinas de ella se agrandaron con odio y sorpresa mientras las lágrimas que retenía se desbordaban. Quería golpearlo e insultarlo, pero su cuerpo no la escuchaba. El hechizo que él le lanzó la controlaba por completo; a excepción de sus pensamientos.

—Escúchame bien, Adara. Yo ni siquiera sabía que eras un sacrificio en primer lugar, lo único que deseaba era ayudarte y sí, quería compartir un rato de placer contigo. ¿Me culpas? Ponte tres segundos en mi lugar. Imagínate estar mil malditos años sin sexo y que luego te arrojen a una mujer en frente. ¿Crees que pienso en ayudarte cuando te veo? No, mi cabeza sólo piensa en metértelo tan hondo y tantas veces que me supliques quedarte aquí conmigo —Dándose cuenta de sus palabras, la soltó y pasó una mano por su largo cabello blanco—. Ya no sé ni lo que digo —Sacudió la cabeza y luego se quedó observándola muy serio—. Voy a liberarte del hechizo, pero ni se te ocurra gritar o huir porque te hechizaré de nuevo.

Tan pronto ella se vio libre de su control lo abofeteó, provocando que él le sujetara la mano y

la pillara de cara contra la pared del túnel, el brazo de ella inmovilizado entre ambos.

—No me tientes, muchachita —le susurró Itagar al oído mientras todo su cuerpo se presionaba contra el de ella—. No tienes idea de cómo somos los dökkálfar. La violencia nos excita y yo estoy muy cerca de tomarte aquí mismo.

—¡Atrévete maldito!

*No debiste retarme, muñeca.*

Itagar rió entre dientes y bruscamente giró a la chica. Sus miradas se entrelazaron por un segundo antes que él la pegara contra la pared, su boca devorando la de ella.

Adara estaba furiosa; un poco más y echaría chispas por los ojos como un verdadero monstruo. Indignación recorría sus venas, avivando la ira que se removía en su interior. ¡Cómo se atrevía a besarla después de todo lo que había escuchado sobre él! Inclusive lo había amenazado para que no le hiciera otro acercamiento sexual y, aún así, el muy maldito la estaba besando.

Dos podían jugar aquel retorcido juego.

*¿Quieres sexo? Te daré algo por lo cual gemir con gusto.*

Devolviéndole el beso al dökkálfar con la misma brusquedad que él le demostró, la chica le rodeó el cuello para luego enredar sus manos en el cabello blanco y darle un tirón. No-quiero-revelar-mi-nombre soltó un gemido torturado contra su boca, liberando sus labios para observarla y negar lentamente con la cabeza; o eso pensó Adara pues la escasa iluminación no le permitía estar segura.

El elfo murmuró otro encantamiento, haciendo que los mahones cortos de ella cayeran al suelo y su blusa de manguillos se deslizara hasta su cintura, revelando sus pechos cubiertos por un sostén negro. Ella oyó la respiración pesada de su compañero y casi sonrió ante su reacción. Un poco más de piel lo tendría viniéndose sin ni siquiera haberla penetrado.

—Aquí no —ordenó, mirando la sombra delante de ella—. Quiero verte.

Itagar gruñó, pero la tomó en brazos y cargó hasta el altar de Akmeral, fuera del oscuro túnel. Sentándola sobre el borde con delicadeza, abrió sus piernas bruscamente para luego atraerla a su cuerpo de un tirón.

—Ahora estamos iluminados por el fuego en las paredes y vigilados por las estrellas. ¿Estás contenta?

—¿Y si te dijera que no?

—Conozco varios hechizos que pueden tornar tu cuerpo en tu contra y hacer que la lujuria de apodere de ti —Sus dedos bajaron por el cuello con tanta lentitud que cuando éstos se detuvieron sobre un seno y apretaron levemente, Adara no pudo contener un pequeño gemido.

Con los ojos clavados en las hermosas aguamarinas de su humana, Itagar removió el manguillo sobre el hombro derecho y luego fue bajando la copa del sostén hasta revelar un oscuro pezón rogando por atención. Relamiéndose los labios, inclinó su cabeza hasta tomar la pequeña punta en su boca, succionando y lamiendo mientras su miembro comenzaba a latir dentro de sus pantalones.

El elfo quería que el encuentro durara más tiempo, pero su cuerpo le exigía satisfacción con urgencia. Ya no podía darse el lujo de seguir jugando con el banquete que tenía en frente, debía darle rienda suelta a sus instintos y tomarla como deseaba desde aquel primer beso. Sólo esperaba no ser muy brusco y lastimarla en el proceso.

—Haces magia con esa lengua —murmuró Adara casi sin aliento. Deseaba ser fuerte y mantenerse enojada con el condenado dökkálfar, pero se lo estaba poniendo difícil. La manera gentil en que la trataba, las cosas que le hacía a su cuerpo y el fuego que veía brillar en sus ojos estaban logrando que volviera a anhelarlo dentro de su cuerpo. Maldito elfo.

No-quiero-revelar-mi-nombre le regaló una media sonrisa y la empujó suavemente sobre el

altar. Adara lo observó, con un poco de miedo, bajarle las panties negras poco a poco hasta quitárselas por completo. El elfo se relamió los labios y tragó en seco, sus ojos puestos en la vagina expuesta ante él. Ella exhaló una bocanada de aire, que no se dio cuenta de haber retenido, al por fin comprender que su vida no corría peligro o, al menos, no por el momento.

—Lo lamento, pero ya no puedo seguir jugando contigo —dijo el elfo oscuro con la voz áspera, casi un gruñido, y, susurrando un hechizo que lo dejó completamente desnudo, penetró a su chica de cabello azul. Ambos jadearon ante el mar de sensaciones que los asaltaron, sin embargo, fue Itagar quien resurgió primero, tomando control de la situación sin perder tiempo.

Sus embestidas comenzaron lentas mientras sostenía a la chica por las caderas y ella envolvía las piernas alrededor de su cintura haciendo que se hundiera más adentro del húmedo canal. Aquellos vaivenes eran la más placentera tortura que había recibido en el último milenio; una que se tornaba exquisita cuando cada entrada era acentuada por un dulce gemido. Sonidos que resultaban ser música para sus oídos pues cada vez que los escuchaba su erección se fortalecía.

La chica lanzó la cabeza hacia atrás, arqueando la espalda mientras él se hundía en su cuerpo una y otra vez siguiendo el ritmo que su necesidad marcaba. Fuego quemó sus venas, urgiéndolo a acelerar sus movimientos, pero él se negó a obedecer hasta que ella le pidió, con la voz entrecortada y sin aliento, que se lo hiciera más rápido. El fuego en el interior de Itagar se volvió un infierno voraz que lo obligó a cumplir los desenfrenados deseos de la mortal.

Sus caderas se movieron sin compasión, demandándole a Adara todo lo que su cuerpo pudiera dar para alimentar el infierno que había sido desatado en su interior. Cuando la pequeña humana arqueó la espalda una vez más y le clavó las uñas en las caderas, él gruñó al sentirla apretando su miembro con cada contracción vaginal.

El mundo se redujo a un punto en su cuerpo que sólo sabía sentir placer. Su cabeza se volvió ligera como una pluma y su cerebro se apagó mientras su cuerpo se endureció igual a una roca, preparado para explotar en sensaciones. Aún sintiendo los espasmos de Adara sobre su pene, el dökkálfar lanzó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y se vino, gruñendo el nombre de la humana entre sus piernas. Una, dos, tres veces las pulsaciones de su miembro descargaron su semilla en el interior de la chica, cada descarga haciéndolo más sensible a cualquier roce.

Aún perdido entre las sensaciones, la muchacha lo observó con una mirada pícaro en sus bellas aguamarinas y contrajo los músculos de la pelvis, apretándolo de tal manera que las piernas perdieron su fuerza. Él se tambaleó mas logró sostenerse del altar lo suficiente como para deslizarse al suelo sin hacerse daño. Recostó su espalda contra el rectángulo de piedra cuando, de pronto, Adara se asomó por el borde para besarlo en la frente. Confundido por sus acciones, Itagar tan solo le devolvió la mirada al resplandeciente rostro juvenil que le sonreía.

—¿Ahora me dirás cómo te llamas o debo seguir diciéndote no-quiero-revelar-mi-nombre? —preguntó la chica acostada sobre el altar.

Una leve sonrisa se formó en los labios del elfo.

—¿Así que tuviste sexo conmigo para que te diera mi nombre? Creo que eso se llama extorción.

—Aprendí del mejor —respondió ella, canturreando mientras se bajaba del lugar sagrado de Akmeral y se arrodillaba frente a él—. ¿Qué me dices de sonsacarme un beso a cambio de arreglar mi espejo? Aunque lo que yo considero extorción es a cambio de dinero, lo nuestro fue más bien un trueque —Las uñas de ella le recorrieron el pecho con lentitud y luego se inclinó hasta morderle suavemente la punta de la oreja—. Vamos, dime. ¿Acaso no te gustaría escucharme gritar tu nombre mientras me vengo? No es justo que sólo tú puedas hacerlo.

—¿Quieres más? —preguntó el dökkálfar arqueando una blanca ceja—. ¿No estás decepcionada con mi desempeño?

—¿Decepcionada con tu desempeño? —Adara se echó a reír—. De que me quedé con ganas de más es un hecho, pero no porque quedara insatisfecha o decepcionada, sino porque sabes cómo hacer vibrar mi cuerpo —susurró a la vez que metía la mano entre las piernas de él y lo agarraba, provocando que su compañero aguantara la respiración por unos segundos—. Ni siquiera mi exnovio me hacía perder la cabeza como tú lo hiciste.

—Itagar —murmuró el elfo tan rápido que la muchacha no lo entendió.

—¿Qué?

—Puedes llamarme Itagar —aclaró con esfuerzo mientras su duendecilla peliazul movía la mano de arriba abajo sobre su miembro—. Pero ese no es mi nombre completo. Aquel que la diosa tatuó en mi frente cuando vine al mundo no pienso revelárselo a nadie.

—Muy bien. Después de todo tú tampoco sabes mi nombre completo —afirmó ella, sacándole la lengua, se acomodó la ropa y fue a recoger las dos piezas que andaban tiradas por el lugar. La sensación del cuerpo de él envolviéndola en un cálido abrazo la detuvo en seco y giró la cabeza, mirando por encima de su hombro para encontrarse con ojos plateados cuyo brillo parecía danzar al compás de las llamas.

—Yo no he terminado contigo, jovencita.

Sintiendo su vagina mojarse con renovado deseo, Adara se alzó en las puntas de sus pies para besarle cuando su estómago rugió en protesta, poniéndola roja como un tomate. Al parecer su cuerpo demandaba alimento antes que placer.

# Atrapados por la Magia

## 4

Itagar rió entre dientes al oír rugir una vez más al estómago de la pequeña humana peliazul.

—Ven, te conseguiré algo de comer.

—¿Y cuál es tu dieta aquí abajo? Por favor no me digas que comes carne humana porque yo no podría ser caníbal ni aunque el infierno viniera a la Tierra.

El elfo agitó la cabeza de un lado a otro y el asomo de una sonrisa curvó sus labios mientras la liberaba de sus brazos.

—Normalmente como hongos y los ocasionales pedazos de carne provienen de serpientes o murciélagos, no humanos.

Ella hizo una mueca de asco, pero no comentó nada más, sólo se limitó a vestirse. Sintió los ojos del elfo encima de su cuerpo todo el tiempo y cuando terminó, él dijo algo en su lengua nativa para luego arrastrarla dentro del túnel una vez más.

—¿Acaso no vas a vestirte?

—Las ropas son molestas en estos momentos. Además, ¿ahora te ofende mi cuerpo desnudo? —preguntó, deteniéndose y agarrándole la barbilla para forzarla a mirarlo directo a los ojos—. Porque hace unos minutos atrás no pareciera que lo hiciera.

Ella enrojeció de pies a cabeza y evadió su mirada.

—N-n-no, p-pe-pero...

¡Humanos! Siempre tan cohibidos, sin embargo, con la motivación correcta, llegaban a ser criaturas extremadamente pasionales. Y ella había resultado ser toda una llama ardiente... Si tan solo pudiera quedársela para siempre y poseerla todos los días por el resto de su vida, no le importaría permanecer preso por la eternidad.

¡Por la Señora de los Ojos Brillantes! ¿En qué demonios estaba pensando? Adara era humana, su lugar no se hallaba entre las cuevas de Akmaderys ni entre los dökkálfar. Ella debía volver a su hogar cuanto antes, aunque su partida lo dejara marcado para siempre.

Con un largo suspiro que provocó que la joven frunciera el ceño, Itagar se apartó de ella y, agarrándola por la muñeca, la condujo a través de la laberíntica prisión hasta llegar a su dormitorio. Sin mediar palabra, hizo que la humana se sentara frente a su mesa— la base de una antigua estalagmita cuya punta había sido cortada con magia—, se dirigió a la estantería donde almacenaba su comida y tomó el bolso hecho con piel de serpiente para luego volver a la mesa.

Ella alzó una ceja ante el bolso, pero no pasó ni un minuto cuando su mirada regresó al rostro de él.

—¿Qué pasa, Itagar? ¿Hice algo que te ofendió?

No, claro que no. Al contrario, le gustaba demasiado todo lo que ella le hacía, especialmente cuando agarraba su miembro con las manos y comenzaba a moverlas de arriba abajo.

Suspiró hondo, pues casi se le escapa un gemido con la vívida imagen mental, y se sentó al lado opuesto de Adara para ocultar su nueva erección.

—No —respondió mientras sacaba algunos hongos azules y otros amarillos del bolso—. De todos los hongos que crecen en éstas cuevas sólo puedes comer éstos dos colores. Si te atreves a probar...

—No me cambies el tema. ¿Qué te sucede? Pareces...

—¡Nada! —la interrumpió y sus ojos se tornaron fríos como el hielo—. No me pasa nada.

—Sin embargo, te ves y sueñas enojado —dijo ella sin apartar la mirada de su rostro—. ¿Estás enojado conmigo?

—¡Basta! —exclamó él, levantándose de la mesa. Sus constantes preguntas estaban logrando que sí se enojara con ella.

Adara estuvo a punto de gritarle para atrás cuando vio la dura erección que se alzaba entre las piernas del elfo. Los colores le subieron al rostro y apartó la mirada a los hongos sobre la mesa antes de levantarse e ir hasta el dökkálfar para luego rodearle la cintura con sus brazos.

—No tenías que esconderme tu deseo —murmuró mientras bajaba una mano hasta rozar la cabeza del pene con sus dedos.

El elfo inhaló hondo, sintiendo lo que parecía una descarga eléctrica recorrerle la espalda.

—No es mi deseo lo que te oculto.

—Entonces, ¿qué? Por favor, dime, Itagar. Permíteme entender qué te sucede.

Él dudó por unos instantes en los que se imaginó ordenándole a que permaneciera junto a él y luego metiéndoselo tan brusca y desenfrenadamente que ella terminara aceptando por la influencia del éxtasis en su cuerpo; pero al final, terminó sacudiendo cabeza y apartó aquellos suaves brazos de su cuerpo.

—Siéntate a comer —murmuró sin mirarla—. Yo aprovecharé para darme un baño.

La chica lo siguió con la mirada, anclada al suelo, añorando sentir su calor corporal de nuevo. Fue entonces que se dio cuenta de la hermosa cascada de agua fosforescente que bajaba desde el techo hasta formar un pequeño charco al lado izquierdo de la cámara. Su belleza pareció hipnotizarla por un momento, mucho más cuando el succulento elfo oscuro entró a aquellas brillantes aguas que daban la impresión de haber sido creadas con las perlas más puras del planeta y sumergió la cabeza bajo el chorro de la cascada.

Adara se mordió el labio mientras la humedad inundaba su sexo. *¡Dios santo que estas en el cielo, este hombre me va a volver loca si no regreso a casa pronto!*

Un puñal atravesó su corazón de tan sólo pensar en regresar a su hogar, haciendo que sus ojos se llenaran de lágrimas sin derramar. Su cuerpo se sintió pesado de pronto y la excitación de hacía unos segundos la abandonó por completo. ¿Acaso sentía tristeza por su pronta separación?

Intentó imaginarse su despedida, pero otra vez apuñalaron su corazón, provocando que desistiera. Si ahora sentía dolor, ¿qué pasaría con ella cuando llegara el momento de marcharse? ¿Lloraría su pérdida como si hubiesen sido novios por años?

No. No era posible que desarrollara sentimientos por él tan rápido. Eso que sentía era sólo una reacción a sus libidinosas hormonas. Su cuerpo no quería abandonar aquel que le había hecho sentir verdadero placer en meses, mas, al final, tendría que abandonarlo sin importar lo que sintiera. ¿O era que había otra manera?

La idea trajo consigo mariposas que revolotearon en su vientre sin cesar. No perdía nada con preguntar excepto, quizás, su ilusión.

*Olvida el miedo al rechazo, Adara, y concéntrate.*

*Sí, mujer, concéntrate porque tener ese bizcochito de chocolate con glaseado de vainilla en casa sería taaaan rico. Viviríamos en el paraíso.*

Suspirando ante las pervertidas imágenes que su diablilla interior colocaba en su mente, la chica se dirigió a la cascada tanteando en la oscuridad, igual que había hecho cuando llegó a esa laberíntica cueva. Gracias a Dios el brillo del agua era lo bastante fuerte como para iluminar una buena porción de la cueva luego que se pasaba de la mesa; así que llegar al borde del pozo no le

fue tan difícil ni peligroso.

El dökkálfar levantó la vista al verla acercarse y ella le sonrió mientras comenzaba a desvestirse bajo su atenta mirada. Sus pupilas se dilataron y hasta tragó en seco al verla entrar al agua completamente desnuda. El corazón se le aceleró pues en el fondo sabía que si su duendecilla peliazul lo rozaba siquiera, él no podría aguantarse las ganas de poseerla una segunda vez. Y entonces ni la *Ar'gik Chysmallar* podría separarlo de su sexy humana.

Ella se acercó con lentitud, creando suaves ondas en el agua que parecían excitarlo cada vez más al romper contra su cuerpo. Envolvió los brazos alrededor de su cuello, pegando aquellos hermosos senos contra su rígido pecho, y se dispuso a jugar con la punta de su oreja izquierda.

Una punzada de placer descendió por su cuerpo en respuesta a las caricias de su traviesa jovencita, logrando que su erección, la cual se hallaba atrapada por la pelvis de ella, se fortaleciera, arrancándole un gruñido de sus labios.

—¿Itagar? —le preguntó, mordiendo los labios y pasando un dedo sobre los suyos.

—¿Sí...? —cuestionó él, exhalando todo el aire que tenía en los pulmones.

—¿Qué dirías si te dijera que puedes acompañarme a casa?

Él abrió sus ojos de repente, los cuales no recordaba haber cerrado, y observó aquellas aguamarinas con detenimiento, sin creer las palabras que acababa de escuchar. ¿Estaba bromeando con él?

—¿Qué dijiste?

Adara se apartó de él con el rostro rojo de la vergüenza y miró hacia el agua mientras escondía un mechón de cabello detrás de su oreja.

—Olvídalo. No fue nada importante en realidad —murmuró antes de darse la vuelta y caminar hacia la orilla del charco.

Dándose cuenta que había cometido un error, Itagar se apresuró tras ella y la envolvió en sus brazos antes que saliera del agua. Cerró los ojos y hundió la nariz en el cabello de ella para grabar su aroma en la memoria.

—No me malinterpretes. No di mérito a tus palabras porque las pensé imposibles, pero créeme cuando te digo que estaría dispuesto a acompañarte si pudiera —Hizo una pausa para apretarla más contra él y posar un beso fantasma sobre su hombro—. Los dökkálfar no podemos subsistir por mucho tiempo fuera de Svartálfaheim. La magia de nuestro mundo nos mantiene vivos, sin ella nuestros cuerpos comenzarían a marchitarse en un par de siglos y moriríamos.

—Y-yo... —Sus ojos se tornaron brillantes de inmediato—. Yo n-no p-p-pretendía...

—Shh. No derrames tus lágrimas por algo que no se puede cambiar —susurró él, secando las mejillas de su pequeña humana y colocando un dedo bajo su barbilla para girarla hacia él antes de inclinarse sobre ella. Los labios de la chiquilla se sintieron suaves y algo hinchados por la brusquedad con la que los había tratado anteriormente. En ese beso procuró volcar todo el sentimiento y la añoranza por un destino diferente que pudo, pues deseaba mostrarle que no mentía cuando dijo que la acompañaría al mundo humano si pudiera.

Cuando sus labios se separaron, Adara lo miró con más lágrimas brillando en sus hermosos ojos azules.

—Entonces hazme el amor una vez más, Itagar. Quiero que me marques como tuya para siempre. Sólo así me iré a casa sin ti.

*Señora de los Ojos Brillantes, dame fuerza.* Su duendecilla ni siquiera sabía lo que estaba pidiendo, pero la bestia en su interior ya desesperaba por salir y cumplir con los deseos de la joven.

Para los dökkálfar, criaturas que hacían de la violencia y el salvajismo su diario vivir, el amor

de un alma gemela era lo único que podía mantenerlos cuerdos y salvarlos de sucumbir ante la crueldad de su naturaleza. Una vez hallado ese otro colmillo del murciélago, la costumbre dictaba que se marcara para que el resto de la sociedad viera que esa persona le pertenecía a otra y no se debía dañar o su pareja vendría a tomar venganza. Una pareja marcada era algo casi sagrado para los elfos oscuros pues nadie deseaba perder su segundo colmillo, mucho menos luego de haber sido encontrado.

El motivo de este respeto no era otro que el temor a su propia deidad. La *Ar'gik Chysmallar*, a pesar de ser cruel y despiadada, era justa y gustaba de proteger a los inocentes. Cosa que un *dökkálfar* dominado por su bestia sanguinaria no podría reconocer y terminaría perdiendo el favor de su diosa, convirtiéndose entonces en su víctima.

Akmeral raras veces daba segundas oportunidades.

Adara lo besó de nuevo, introduciendo la lengua dentro de su boca, urgiéndolo a tomar su cuerpo como ya lo había hecho una vez. Sin embargo, él necesitaba decirle, explicarle exactamente lo que para su raza significaba el acto de marcar pues no era algo para tomar a la ligera.

Su bestia, sin embargo, no pensaba lo mismo. Estaba convencida en su totalidad que ya existía una conexión con la duendecilla y por lo tanto debían reclamarla como suya, tal y como dictaban sus costumbres, aunque el segundo colmillo fuera humano; el racismo no le importaba en esos momentos.

—Adara —comenzó el elfo mientras ella echaba el largo cabello mojado para atrás y quemaba la piel de su cuello con ardientes besos—. Por favor... —Un gemido se le escapó cuando ella bajó una mano por su torso hasta atrapar su erección en ella—. De-eten... detente —logró respiraciones entrecortadas y gemidos.

—¿Por qué? Yo sólo quiero grabarme tu recuerdo en mi memoria antes que nos separemos para siempre —Lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro sin detenerse—. Por favor, Itagar, tómame hasta que sólo desee ser tuya —le susurró al oído.

Los iris del *dökkálfar* se tornaron cromados con un tenue brillo rosado que rodeaba la pupila y centelleaba casi rojo de vez en cuando. Su monstruo interior había roto la última de sus cadenas y reclamado el control del cuerpo. Con el elfo bajo la influencia de su propia oscuridad ya no habría esperanzas para que ninguno de sus corazones sobreviviera intacto hasta la llegada del amanecer.

Que Akmeral lo amparara bajo sus patas si la marca llegaba a consumarse, pues él perdería la cordura una vez Adara se marchara de vuelta a Midgard.

## Marcados de por Vida

### 5

Sin darle tiempo a reaccionar, Itagar le sujetó con firmeza la barbilla hasta que logró obligarla a mirarlo a los ojos.

—¡Niña! —La voz del dökkálfar hizo eco en las paredes rocosas de la cámara—. ¿Ves el tatuaje que tengo en el hombro? —Él la soltó antes de continuar—. Ese diseño marcará tu piel una vez termine contigo.

Hacerse un tatuaje no era lo que ella tenía en mente cuando le rogó que la marcara, pero el salvajismo y la intensidad con la cual la voz de él vibró, la hizo permanecer callada. Observó el hombro derecho del dökkálfar, donde se podía ver una estilizada balanza de un negro que relucía igual al aceite sobre la oscura piel. A diferencia de otras representaciones donde ya se medía algo, esta se hallaba vacía, aunque completamente nivelada; como si quisiera significar que el propio Itagar servía de balance para algo en particular.

—¿Tiene algún significado? —le preguntó, trazando el tatuaje con la punta de su dedo.

—Que soy la justicia de Akmeral —respondió él, solemne, sin añadir nada más sobre quién o qué había sido en el pasado.

La marca de un elfo oscuro era única para cada individuo; otorgada por la gran sacerdotisa, quien la creaba luego de oír a la diosa susurrar una palabra en su oído, cuando los bebés recién nacidos eran presentados a la Señora de los Ojos Brillantes. Esta marca luego crecía y se amoldaba al cuerpo según el pequeño dökkálfar se desarrollaba e incluso luego de la adultez continuaba cambiando para adaptarse a la constitución de su portador.

La suya había resistido incontables torturas en el pasado y hasta...

Sacudiendo los malos recuerdos fuera de su cabeza, Itagar se echó a la jovencita sobre su hombro, como si fuera un saco de comida, y salió del agua, dirigiéndose con paso firme hacia la cama que se hallaba envuelta en penumbra. El rectángulo de piedra, con pieles cubriéndolo a modo de colchón, no sería muy cómodo para ella, pero era mejor que nada.

—¡Itagar, bájame, por favor! ¡Yo puedo caminar!

Él ignoró sus reclamos hasta que la depositó sobre la cama. Acarició su rostro en forma de corazón y luego se inclinó sobre ella para susurrarle al oído algo que la hizo inhalar hondo de repente.

—¿Ese es...? —preguntó ella con los ojos como dos faroles azules.

El elfo sólo se limitó a asentir.

—Es hermoso —declaró Adara, tanteando en la oscuridad para tratar de acariciarle el rostro a su compañero—. ¿Qué significa?

—Aquel que la noche oculta —le respondió y un momento después, unas esferas flotantes de diversos colores aparecieron, iluminando todo a su alrededor—. No es para nada hermoso, como tú dices, es el nombre de un asesino.

Ella chasqueó la lengua y lo besó mientras deslizaba sus uñas por la espalda de él.

—Parecías muy celoso de tu nombre verdadero. ¿Qué te hizo cambiar de parecer?

—Seremos uno dentro de muy poco. Quería que lo supieras de mis labios no porque el proceso de marcarte te lo dijera —susurró, introduciendo dos dedos dentro de ella y moviéndolos sin

piedad, marcando un ritmo desenfrenado. Adara gimió fuerte, arqueando su espalda para ofrecérselo por completo. Sus ojos cromados se tintaron de rojo un momento antes que retirara los dedos, mojados en los fluidos de ambos, y los forzara dentro de la boca de ella—. Aún queda de mi semilla en ti —gruñó, sintiendo como le chupaban los dedos deliberadamente lento hasta que ya no quedaba más líquido pegajoso en ellos.

—Pero yo quiero más —La chica le rodeó el cuello con sus brazos mientras sus labios se apoderaron de los de él en un beso que se tornó feroz en cuestión de segundos. Manos recorrieron espaldas, caderas, nalgas hasta que la necesidad de unir sus cuerpos una segunda vez los consumió por completo, haciendo que Adara halara al elfo para que la cubriera con su ardiente cuerpo sobre la cama de roca.

Él la penetró de una embestida, arrancando sonidos lujuriosos de ambos, antes de comenzar su brusco, pero poderoso baile. Cada estocada generaba más gemidos, suspiros o sollozos de placer mientras una amplia espalda masculina era arañada y unas caderas femeninas eran sujetadas fuertemente con la esperanza de dejar leves moretones en la tersa piel.

La pequeña humana lo volvía loco. Cada una de sus sonrisas pícaras lo endurecían de deseo y el estar en su interior sólo lograba que deseara hacer lo mismo cada noche por el resto de sus días.

La convencería, incluso iría tan lejos como para hechizarla si ella insistía en irse. Haría cualquier cosa para mantenerla a su lado pues esa jovencita de cabellos azules con raíces negras que se retorció de placer bajo su cuerpo, era su segundo colmillo del murciélago.

Esa persona por la que él daría su vida para protegerla.

Esa persona por la que él estaría dispuesto a soportar un infierno con tal de verla sonreír.

Esa persona que lo hizo volver a sentir.

—Adara.

Ella no le respondió sólo continuó aferrándose a él como si fuera lo único que la mantenía con vida.

—¡Adara! —exclamó, retirando su miembro de ella y sujetándole el rostro para que lo atendiera. Aquellas hermosas aguamarinas lentamente volvieron a enfocar antes de que su dueña protestara.

—Nooo. Vuelve a metérmelo que estaba a punto de...

—No puedes venirte a menos que te dé permiso —Ella puso cara de querer protestar, pero él se adelantó, acallándola—. Mi marca no se adherirá a tu piel a menos que alcancemos el orgasmo juntos.

La chica suspiró en derrota y, con el gesto torcido, asintió.

—Está bien, trataré de no venirme antes que tú. ¿Pero dónde aparecerá ese tatuaje?

—En donde *yo* desee —respondió el dökkálfar con los ojos brillando rojo de nuevo mientras volvía a penetrarla hondo y brusco; justo como a él le gustaba.

Gemidos hicieron eco en el santuario de Itagar una vez más. Había perdido la cuenta así que no estaba seguro de si era la quinta o la decimoctava. El punto era que ambos estaban disfrutando de su encuentro y eso era lo único que importaba.

Le agarró un seno para jugar con su pezón antes de cubrirlo con su boca y morderlo; para nada suave, pero tampoco demasiado fuerte como para arrancarle un grito de dolor a la pobre humana. Ella respondió aferrándose con más fuerza a sus caderas, haciendo que él llegara más hondo dentro de ella y llenando la cámara de sonidos pasionales por enésima vez.

—Por favor... ya n-no puedo... m-más —rogó Adara casi sin aliento a la vez que hundía sus uñas en las caderas de él.

Itagar gruñó y comenzó a embestir su cuerpo con rápidas, pero vigorosas estocadas que la hicieron cerrar sus puños alrededor de las pieles que cubrían la cama. Sin aminorar su ritmo, tocó la depilada piel sobre la vagina dejando allí un pequeño círculo que brillaba verde. Ese sería el lugar donde Adara portaría su marca permanente, la cual se proyectaría en su hombro derecho siempre que estuviera en presencia de otros elfos.

Sin embargo, aquella que adornaría su piel sólo deseaba verla él y nadie más. Por ese motivo había escogido un lugar tan íntimo, para que únicamente aquel que tuviera sexo con ella viera el tatuaje. Y él planeaba ser su único amante de ahora en adelante.

—Itagar.

—Déjate ir, *sar'gek* —susurró entre dientes, tratando de controlar su deseo hasta que la sintiera apretarlo—. Ya es hora —dijo apresurando sus estocadas.

—Yis L'Itagar Gamel'le —gritó ella mientras su orgasmo blanqueaba su mente, permitiéndole sentir sólo oleada tras oleada de placer y a su compañero vaciándose tan hondo dentro de su vagina que parecía estar rozando su útero.

Arcos rojos, chispas doradas y un arcoíris de flechazos mágicos inundaron los ojos del *dökkálfar* en una fiesta de brillantes colores a la vez que él se sentía caer por un precipicio. Luego de lo que pareció una eternidad, su cuerpo dejó de descender para quedar flotando sobre la nada, oscura mas extrañamente cálida. Miles de coloridas luces, que centelleaban igual que estrellas, aparecieron a su alrededor y comenzaron a girar y girar cada vez con mayor velocidad hasta que el espectáculo de luces estalló. Él fue lanzado hacia arriba, cerrando sus ojos para protegerlos de aquella repentina luminosidad blanca y, antes que pudiera abrirlos de nuevo, un mar de sensaciones golpeó su pecho, dejándolo sin aliento. Fue entonces que sucedió. Itagar percibió como una pequeña porción de su ser abandonó su cuerpo para entrar en su duendecilla.

El pequeño círculo verde sobre la vagina de Adara brilló con mayor intensidad mientras cambiaba, tomando la forma estilizada de su balanza y tornándose tan negro como el suyo. Sin embargo, sobre la piel blanca de su niña, la marca fue perdiendo su lustre aceitoso hasta tomar la apariencia de un tatuaje común y corriente, al menos en términos humanos.

La joven bajo su cuerpo suspiró, cerrando los ojos con evidente agotamiento, y él tomó ese gesto como su señal para dejarla descansar. Al mismo tiempo, su bestia interior se encadenó de nuevo ella solita, contenta de haber cumplido con su cometido, devolviéndole el control del cuerpo para que él lidiara con las consecuencias.

—No me obligues a irme —murmuró la joven una vez que el calor corporal del elfo la abandonó—. Quiero quedarme contigo —susurró otra vez sin abrir los ojos, se giró boca abajo y usó sus brazos como almohada antes de dejarse vencer por el sueño.

El *dökkálfar* exhaló amargamente y se pasó una mano por el cabello mientras se dirigía a la cascada para bajarse la temperatura.

—Maldita oscuridad —gruñó al entrar al agua, odiándose a sí mismo por no mantener a su bestia controlada.

¿Y ahora qué haría?

En menos de una noche su vida se había tornado de difícil a imposible.



La luna ya estaba casi llegando a su cénit cuando el eco de gritos pasionales llegó a los oídos de Reiner, haciendo que se detuviera a mitad de su ronda. Su compañero continuó unos pasos más

adelante, pero al no percibirlo a su lado se detuvo a mirar por encima de su hombro.

—¿Reiner? —el dökkálfar de piel gris preguntó con una mueca en su rostro—. Ya es bastante malo que estemos en la superficie. ¿Ahora también te detienes a admirar el estúpido paisaje que estamos cansados de ver?

Los ojos lila del rubio se tornaron tan fríos como dagas.

—Serás imbécil. ¡Yo no estoy admirando el maldito paisaje! ¿Acaso no escuchaste el grito?

Sheif lo miró como si le hubiese crecido otra cabeza.

—Yo no oí nada, pero de seguro debió ser algún animal.

Reiner sonrió de una forma que hizo retroceder dos pasos a su descerebrado compañero. Algunas veces se preguntaba cómo el idiota había logrado entrar a la guardia de la gran sacerdotisa. *Seguramente pagó su entrada con sexo y sangre.*

—El grito que oí era femenino y venía de la prisión de nuestro querido general.

—Pero...

—El desgraciado debe estar protegiendo al nuevo sacrificio —Luego de un corto silencio se dirigió a Sheif—. La gran sacerdotisa debe saber de esto. Ve y dile que hay una mujer compartiendo lecho con Itagar en su prisión; eso debería traerla aquí de inmediato.



Itagar recién había conjurado sus ropas de vuelta a su cuerpo cuando sintió la magia que sellaba su cárcel romperse, permitiendo la entrada a una presencia que no había percibido en siglos. No desde que lo declaró un traidor y encerró en aquellas cavernas.

Frío descendió por su columna vertebral, helándole la sangre en sus venas. Tenía que encontrar una manera de que Adara llegara a la superficie y huyera lejos, aunque fuera sin él. Era preferible que anduviera perdida sobre Svartálfaheim a que sus pares la atraparan y arrastraran hasta Akmaderys como su prisionera.

Corriendo a la cama de piedra, sacudió a la muchacha, tratando de despertarla.

—Adara. Despierta, *sar 'gek* —Sin embargo, ella tan solo murmuró un “sueño” y se giró hacia el otro lado, ignorando su llamado.

Muy bien, si la araña no quería ir a su tela, entonces la tela iría a la araña.

Murmurando un hechizo, que hizo aparecer su bolsa de comida amarrada a la espalda de Adara y también la vistió, el dökkálfar tomó a su humana en brazos para luego encaminarse hacia el túnel que lo sacaría de aquella cámara. No bien dio un par de pasos, cuando la figura de una elfa apareció en medio de su camino, deteniéndolo de inmediato.

—Hola, Yis L'Itagar Gamel'le. ¿Puedo preguntar a dónde llevas esa cosa, mi amor?

# El Veneno de los Monstruos

## 6

Frente a él se encontraba su antigua ama, la Gran sacerdotisa de Akmeral, clavando sus furiosos ojos rojos en la marca que apareció rápidamente en el hombro derecho de Adara. Con un grito estridente que despertó a la chica peliazul, la dökkálfar les lanzó un rayo de electricidad, enviando a los dos amantes directo contra la pared del fondo. La espalda de Itagar le pegó fuerte a la roca, recibiendo él la mayor parte del impacto, pero su segundo colmillo terminó inconsciente en sus brazos pues fue ella quien recibió la peor parte del ataque mágico. Al menos aún respiraba.

—Llévense a la mujer de aquí —le ordenó la elfa a Reiner y Sheif, quienes esperaban tras ella—. Pónganla en una de las celdas del templo y hagan lo que quieran con ella. Yo iré a pasarle sentencia cuando termine de arreglar unos asuntos con el prisionero aquí presente.

La mente de Itagar bulló con ideas y escenarios que podían ser implementados para librarse de sus enemigos, mas una y otra vez era recordado de lo pocas que eran sus reservas mágicas.

A lo largo de los siglos encerrado en aquellas cavernas había dejado de ir al altar de Akmeral, excepto en los momentos donde era extremadamente necesario, porque el ver las estrellas le recordaba su falta de libertad. Al no absorber la suficiente luz de luna, los niveles de magia en su cuerpo siempre estaban en el mínimo. Estúpidas decisiones de las cuales ahora se arrepentía.

En su condición actual no tendría otro remedio que dividir y conquistar. Que la *Ar'gik Chysmallar* se apiadara de su alma porque eso significaba que debería dejar a Adara en manos de dos monstruos mientras él lidiaba con la gran sacerdotisa.

*Espero que encuentres en tu corazón una razón para perdonarme de lo que esos bastardos te hagan en mi ausencia, sar'gek.*

Los guardias se adelantaron, dos pares de ojos se clavaron en su humana, la mirada fija en el tatuaje de una balanza perfectamente nivelada que pulsaba con el brillo de la magia. Ambos elfos pausaron su avance por un momento, sin embargo sus reacciones fueron muy distintas. Los orbes lilas de Reiner se agrandaron para luego posarse sobre su exgeneral como si no creyeran lo que estaban viendo. Sheif, sin embargo, se relamió los labios con una retorcida expresión de lujuria en su rostro que hizo temblar a Itagar con furia.

—¿Está segura, mi señora? —inquirió el elfo morado sin quitarle ojos a aquel quien había sido un buen amigo y compañero de armas en el pasado—. La mortal tiene su marca; ella es su segundo colmillo del murciélago.

—¿Te atreves a cuestionarme, maldito gusano? —chilló la sacerdotisa, entornando sus ojos rojos sobre el rubio mientras chispas de electricidad brotaban de su mano derecha.

—No, su exaltadísima —respondió Reiner, bajando la mirada al suelo de roca—. Fue un error de mi parte que no volverá a pasar.

La mirada que le dio la mujer prometía un severo castigo si llegaba a repetir la afrenta.

A su lado, Sheif no perdió más tiempo y se acercó hasta patearle una pierna al prisionero, pero Reiner permaneció fuera de su alcance, utilizando un hechizo para levitar a la humana hasta sus brazos. El primero, creyendo que su antiguo superior aún estaba aturdido, lo agarró por el cabello y, de un tirón, le haló la cabeza hacia atrás.

—Gracias, general, hacía tiempo que no teníamos una puta humana para montar.

—Ponle una mano encima y te mataré —dijo Itagar entre dientes antes de morderse la lengua en un intento por controlar la furia en su interior. Su estúpido carcelero sólo estaba avivando las llamas que su bestia interior había encendido al escuchar su plan de acción. A su monstruo no le gustaba la idea de abandonar a Adara a su suerte ni siquiera por cinco segundos, pero, sin el jugo necesario para alimentar sus hechizos, no había mucho que Itagar pudiera hacer al respecto.

El elfo de cabellos plateados lo golpeó en el estómago, haciéndole perder todo el aire en sus pulmones.

—Créeme que pondré más de una mano. Le meteré mi bicho hasta que ruegue porque me detenga entre lágrimas y gritos.

—Reiner, ¿qué demonios esperas? Saca a la humana de aquí; ahora —ordenó la sacerdotisa de inmediato.

Justo en el momento que el rubio se desvanecía junto a su chica, Itagar le arremetió un cabezazo al carcelero restante, y luego lo lanzó al suelo, ejecutando un barrido de pies. Sin perder ni un segundo, el exgeneral se sentó a horcajadas sobre su enemigo, inmovilizándole las piernas para luego comenzar a golpearlo con toda la furia que ardía en sus venas. Con cada puño conectado, el cántico de guerra que su monstruo entonaba incrementaba en volumen hasta tornarse casi un grito en su cabeza.

Sangre, sangre y más sangre era todo lo que ansiaba, necesitaba en aquellos momentos. Los instintos salvajes de su bestia interna gobernaron su cuerpo mas por una vez en su vida no le importaron las consecuencias, sólo deseaba asesinar al bastardo bajo sus piernas.

—¿Por qué siempre tengo que hacerlo todo yo? —susurró la sacerdotisa con una mueca de hastío en su hermoso, pero cruel rostro antes de lanzarle dos rayos al prisionero. La electricidad impactó el pecho del elfo con un estruendo, lanzando chispas por todos lados, antes que el cuerpo golpeará la pared de roca tras él con un sonido sordo y resbalara al suelo. Sin embargo, luego de sacudirse el aturdimiento de la cabeza, recomenzó el ataque a Sheif como si nunca hubiese sido electrocutado. Una retorcida sonrisa curvó los labios de la elfa; el maldito aún contaba con la resistencia por la cual ella lo conocía, provocando que todo su cuerpo se estremeciera de placer.

*Si tan sólo pudiera tenerlo una vez más...*

Sintiendo el deseo latir en sus venas, la Gran sacerdotisa de Akmeral electrocutó de nuevo a Itagar, pero esa vez lo hizo con una corriente eléctrica continua que, luego de largos minutos, logró derrumbar al elfo.

Caminando en piernas temblorosas, se acercó con la respiración agitada luego del monumental esfuerzo de mantener su descarga máxima por alrededor de tres minutos. Estaba exhausta y necesitaba un descanso mas aún quedaba trabajo por hacer. Miró a Sheif, quien gemía de dolor junto al cuerpo inconsciente de su antiguo general, antes de patearlo en el costado, arrancando un grito del destrozado dökkálfar.

—Levántate de una buena vez y lleva a nuestro prisionero a los calabozos, holgazán. Luego ve a que te sanen, no quiero charcos de sangre sobre el piso de mi templo.



Adara abrió los ojos sólo para encontrarse en medio de una oscuridad tan densa como si aún los tuviera cerrados. Miedo le caló en los huesos mientras su cerebro la llenaba de dudas. ¿Qué le pasaría si había perdido la vista? ¿Cómo saldría de aquel lugar si no podía ver?

Movió sus manos para llevarlas a su rostro, pero grilletes de metal sujetos por cadenas a la

pared tras ella detuvieron su avance. Pánico comenzó a asentarse en su pecho mientras tironeaba de sus cadenas y rogaba por auxilio. Sin embargo, nadie acudió en su ayuda, ni siquiera Itagar.

¿Qué demonios había sucedido? Lo último que recordaba era quedarse dormida en brazos de su dökkálfar, entonces, ¿por qué...? ¿Acaso los habían descubierto? O peor aún, ¿Itagar la había vendido a sus carceleros a cambio de su libertad?

Lágrimas descendieron por su rostro a la vez que sacudía su cabeza haciendo tintinear sus cadenas. Su guapo elfo no le haría esa crueldad; ¿o sí? Más sollozos se le escaparon y su respiración se aceleró.

—¡Auxilio! ¡Itagar, por favor sácame de aquí! —gritó a todo pulmón, levantándose del suelo para hallarse encadenada de pies también—. Itagar, por favor —Su voz se hizo casi inaudible—. Tengo miedo.

—No importa cuánto grites y forcejees, él no vendrá a rescatarte, pequeña mortal.

La voz masculina que surgió de la oscuridad envió un escalofrío por su espalda. Su dueño era incluso más intimidante que Itagar. ¡Dios! ¿Acaso todos los dökkálfar encarnaban la maldad pura?

Sin embargo, no fue su voz ni el aura oscura que emanaba lo que más la asustó, sino sus palabras. Su amado debía estar en algún lugar golpeado y herido, necesiándola.

—Por favor, se fuerte, mi amor —susurró la chica mientras sus ojos se anegaban con lágrimas una vez más.

Una cruel risa entre dientes se escuchó desde la oscuridad antes que la totalidad de la celda fuera iluminada por tres esferas flotantes de luz amarilla. Adara cerró los ojos y giró la cabeza hacia la izquierda en un intento por proteger su vista de la repentina luminosidad.

—No puedo creer que Itagar se haya unido a algo tan patético como tú, pero sus gustos siempre fueron algo pésimos. Era de esperarse.

Ella apretó los dientes, ignorando los insultos lo mejor que pudo, obligándose a sí misma a permanecer callada. Dentro de sí la historia era otra; su sangre bullía, calentando su cuerpo y abanicando su deseo de rodear el cuello de ese imbécil con sus manos hasta ver como sus ojos rodaban dentro de sus cuencas. Simplemente porque ella fuera diferente no le daba el derecho de pisotearla de aquella manera.

Fue abriendo los ojos con lentitud para darle oportunidad a que se adaptaran al cambio y, cuando su vista retornó a la perfección, verificó cada centímetro de la celda en busca de otro elfo además del que se hallaba enfrente suyo. Mas estaba sola, no encontró otros prisioneros ni torturadores sádicos, nadie más excepto su interlocutor y ella; eso la hizo suspirar con alivio y devolvió la claridad a su mente.

Muy bien, paso número uno era saber dónde estaba Itagar. Luego vería qué hacer con sus demás problemas.

—¿Dónde está él? ¿Qué le han hecho?

Aquel elfo de piel morada y largo cabello rubio la miró, levantando un ceja ante sus descaradas demandas, pero luego sonrió. Un chorro de agua fría pareció caerle por la espalda a Adara al verlo avanzar con aquella sonrisa en sus labios. Era como ver a un monstruo intentando ser amable, dando por resultado algo le erizaría los vellos del cuerpo hasta al más temerario.

El elfo oscuro se detuvo frente a la humana y sus ojos se posaron en el tatuaje en su hombro. Su labio superior se levantó de una esquina, mostrando un poco sus dientes para luego suspirar hondo y sacudir su cabeza en desaprobación. Esa joven mortal de cabellos azules era una vergüenza para su sociedad, sin embargo, eso no quitaba el hecho que había sido escogida para ser el segundo colmillo de uno de los suyos. Condenado o no, Itagar merecía que se tratara a su alma gemela como dictaban las costumbres; por lo que él velaría por su seguridad mientras la gran sacerdotisa

se presentaba.

Eso significaba, a su vez, que debería protegerla de su compañero pues Sheif estaba empeñado en violarla. *Esto no va terminar nada bien.*

—Tu *sar'gek* está siendo castigado por la Gran sacerdotisa de Akmeral en persona —Reiner ladeó su cabeza mientras observaba a la mujer retroceder hasta casi fundirse con la pared que sostenía sus cadenas. Olió su miedo y la boca se le hizo agua—. No creo que vuelvas a verlo otra vez.

—¡Mientes! —El grito hizo eco en el calabozo, haciendo que el elfo siseara de dolor.

—Me da lo mismo lo que creas, solo respondía a tus preguntas —dijo en un gruñido antes de retirarse, dejándola encerrada tras viejos barrotes que zumbaban con electricidad.

Las piernas de Adara le temblaron y luego se doblaron bajo su peso, deslizándola hasta el húmedo suelo de la celda. Miró a su alrededor mientras sus brazos eran sostenidos sobre su cabeza por las cadenas y más lágrimas surcaron su rostro iluminado por las esferas.

¿Qué sucedería con ella si esos bastardos lograban asesinar a su *dökkálfar*?

La chica estaba luchando con el agotamiento y las malditas luces que no le permitían dormir cuando oyó el lejano sonido de pasos. De seguro era aquel bastardo elfo morado otra vez así que no le prestó atención al suave taconeo de botas sobre el suelo de roca. Para cuando sintió manos aferrar su cabello y sus párpados se abrieron de golpe, ya era demasiado tarde pues su voz no salía de su garganta.

Un elfo oscuro de coloración parecida a la de Itagar, pero con intensos ojos rojos se hallaba delante de ella desatando los cordones de cuero que actuaban a modo de cremallera en su pantalón. Adara intentó alejarse de aquel miembro erecto que el bastardo liberó de sus pantalones mas su cuerpo no respondió, se negó rotundamente a obedecer alguno de los comandos que su cerebro enviaba. Lágrimas volvieron a mojar su rostro al darse cuenta que estaba paralizada y a punto de ser violada.

*Dios santo que estas en el cielo, ayúdame.*

—Abre la boca —ordenó el maldito con voz ronca.

Lo peor de todo fue que su cuerpo obedeció, recibéndolo como si fuera un viejo amante. Desesperada, intentó por segunda vez retomar el control, morderlo o por lo menos sacarlo de su boca sin embargo, no importaba lo que hiciera continuaba bajo la influencia de un poder del cual ella no poseía las herramientas para defenderse. Su alma se partió en pedazos, asqueada de sí misma, pero su boca, brazos y piernas no parecían recibir el mensaje, seguían al pie de la letra los comandos de un ser que no era ella sin sentir otra cosa que no fuera lo impuesto por su agresor.

*Dios mío ayúdame.*

Luego de un rato, el *dökkálfar* retiró aquel miembro asqueroso de su boca para luego pegarla contra la pared y obligarla a rodearle la cintura con sus piernas. El maldito le ordenó que gritara mientras la penetraba y comenzaba a moverse, mancillando su interior; sus cuerdas vocales fueron prontas en acatar la exigencia, haciendo caso omiso de los deseos de su dueña.

Sintiéndose sucia por dentro y por fuera, la joven se apartó del evento, escondiéndose en una oscura esquina de su mente mientras el bastardo continuaba haciendo barbaridades con ella. Allí se quedó hecha una bola en su propio interior, sollozando y rogando porque todo terminara pronto.

# Aliados en la Oscuridad

## 7

El látigo chocó contra su espalda, abriendo surcos en su piel y haciéndolo sangrar profusamente. Su grito fue amplificado por las húmedas paredes de piedra que lo rodeaban mientras se añadían las carcajadas de la maldita perra a la cual llamaba ama. De quien no llegaría a librarse nunca a menos que la matara y expusiera su traición a Akmeral al resto de la ciudad.

El chasquido del arma al cortar el aire sonó de nuevo, preparando a Itagar para el impacto. En su mente lo único presente era su *sar'gek* y el mantener su dolor alejado de ella pues las parejas podían sentir lo que le sucedía una a la otra a través de una unión psíquica llamada *aramek'lam*. Él estaba impidiendo que su duendecilla percibiera su sufrimiento usando sus bajos niveles de magia.

Ella ya se había alterado bastante al despertar en los calabozos, no había razón para asustarla más con una conexión psíquica de la cual no tenía conocimiento. Sin embargo, a pesar de que la mortal no pudiera percibir su tortura, él sí podía sentir lo que le sucedía a ella. En aquellos momentos dormitaba, un pie en el mundo de los sueños y otro en la realidad. Al menos descansaba; eso era bueno.

De repente la mirada de Reiner se encontró con la suya por unos segundos antes de clavarse en el suelo. Una disculpa susurrada en su mente le dejó saber que su antiguo subordinado había visto la verdad en los ojos de Adara. Su segundo colmillo era inocente y no debía ser juzgado o se arriesgaban a que la furia de la Señora de los Ojos Brillantes cayera sobre sus cabezas. Nadie quería eso excepto, al parecer, la sacerdotisa.

Su poder sobre los *dökkálfar* la había convertido en un ser que no le temía a nada, ni siquiera a su diosa. *Y por eso ha traicionado sus votos, tornándose contra todo aquello que consideramos sagrado.*

Otro latigazo, que le arrancó un gemido de los labios, lo volvió a su situación.

Itagar podía sentir la sangre corriendo por su espalda, cubriendo con su calor una piel que se había tornado helada por el dolor. Era como si hubiese vuelto al pasado, a los tiempos donde sus ojos no habían sido abiertos a la verdad por una simple hechicera humana.

Aquellos hermosos ojos azules volvieron a su mente, pero no fue su rostro al que vio sino al de Adara. *Me alegro que esos bastardos no te hallan toca...*

Miedo agarró su corazón seguido del imperioso deseo de escapar y alejarse de todo. Itagar tuvo que respirar hondo para forzar a que sus pulmones volvieran a trabajar ante las fuertes emociones que lo atacaban en aquellos momentos, las cuales no eran suyas sino de su *sar'gek*. Sin embargo, justo cuando logró controlar su cuerpo, el asco y el sentido de la impotencia lo agarraron por el cuello, casi al punto de estrangularlo.

El elfo oscuro jadeó y sus ojos se anegaron de lágrimas al sentir a su duendecilla rendirse ante las acciones de su atacante para luego retraerse dentro de su mente. Fue ahí que la conexión se cortó, cuando ella se desconectó de sus emociones por completo.

El prisionero rugió de furia mientras tironeaba de las cadenas fijadas al suelo y clavaba sus ojos cromados con un ligero tinte rosado sobre Reiner. Su monstruo pedía a gritos la cabeza de los tres culpables a la vez que el fuego se apoderaba de su interior.

—¡Bastardos! —exclamó fuera de sí—. Los voy a matar. Ustedes dos tienen la culpa de que él este lastimando a mi colmillo. ¡Juro por Akmeral que los mataré a los tres!

Los ojos del elfo rubio se agrandaron por una fracción de segundo mientras las carcajadas de la sacerdotisa hicieron eco en la celda. Ella se acercó al preso por detrás, envolvió los dedos en su larga cabellera blanca y haló su cabeza, exponiendo la garganta por completo.

—Me encantaría verte tratar de cumplir esa amenaza —susurró la elfa en su oído.

Reiner aprovechó que su jefa estaba distraída con el objeto de su obsesión para desaparecer entre las sombras y correr por el calabozo hasta llegar al lado opuesto, donde la celda de la mujer humana se encontraba. Debió haber imaginado que luego de cruzar algunas palabras con Sheif sobre la mortal y hasta amenazarlo si le hacía algo, el muy bastardo esperaba a que él fuera llamado lejos para hacer de las suyas; pero, ¿qué podía haber hecho? La gran sacerdotisa lo había mandado a llamar para que la acompañara mientras castigaba a Itagar.

Debía admitir que el pedido le estuvo extraño pues, normalmente, ella gustaba de aplicar los castigos sin audiencia. *¿Podrá ser posible que el capturar al exgeneral haya vaciado sus reservas mágicas y ahora esté indefensa?* Después de todo, la elfa no había usado nada de magia para impartir el castigo.

Sus pasos se detuvieron de pronto al darse cuenta que su ama podría necesitarlo si Itagar lograba soltarse de algún modo, sin embargo, sacudió la cabeza, rechazando esa idea, y prosiguió adelante. Si el prisionero llegaba a liberarse, lo más seguro su magia estaría igual de agotada que la de su sacerdotisa.

Los jadeos de Sheif se hicieron más fuertes conforme Reiner se acercaba en silencio a la celda donde había dejado encerrada a la humana. Apretó la mandíbula hasta casi hacer chirriar sus dientes al ver a su compañero sujetando a la mortal contra la pared mientras movía sus caderas, entrando y saliendo de ella. El olor a semen permeaba el lugar, diciéndole que la violación continuaba incluso luego de la eyacuación. La chica, por su parte, no emitía sonido alguno o se movía, pero Reiner podía oler la sal de las gruesas lágrimas que rodaban por su rostro.

*Te ruego perdón por no haber protegido a tu sar'gek, Itagar.*

Murmurando un hechizo entre dientes, el rubio entró a la prisión al mismo tiempo que el otro dökkálfar era halado por una fuerza invisible hasta ser lanzado contra la pared opuesta. Caminó con lentitud, deteniéndose frente a su compañero con una mueca de asco y reproche torciendo sus labios.

—Te dije que no la tocaras, Shief, pero no me escuchaste. Ahora todos seremos castigados por la diosa a través de Itagar —Ojos rojos llenos de ira se posaron sobre los suyos—. Ella no era tan solo una *sar'gek* sino inocente también. ¿Acaso la sacerdotisa y tú no se dan cuenta del enorme cuchillo que cuelga sobre nuestras cabezas?

Sheif lo miró con una furia apenas contenida en sus ojos escarlata y se levantó del suelo formando una lanza de hielo que no perdió tiempo en tirar contra su compañero. Reiner respondió desvaneciéndose para luego reaparecer frente al otro elfo, golpeando con rapidez su estómago y sosteniéndolo contra la pared por el cuello. Su víctima, en cambio, tan sólo podía jadear por más aire.

—No vuelvas a atacarme —dijo en un tono bajo y lento para que su descerebrado amigo pudiera entender—. Yo soy un verdadero soldado, Sheif, pero tú no eres más que una cara bonita que la sacerdotisa mantiene a su lado para calentar su cama. No querrás que me enoje y deje una cicatriz en tu rostro —susurró, ejerciendo mayor fuerza en el cuello de su compañero para luego soltarlo.

Sheif cayó al suelo sentado, acariciándose el cuello en un vano intento de aliviar el dolor y

fulminando al rubio con la mirada. Deseaba tanto bajarle los humos al muy maldito, pero ni siquiera podía insultarlo con su garganta lastimada.

—Vamos, lárgate —ordenó Reiner con un tono autoritario que no admitía desobediencia—. Ve a ayudarle a la gran sacerdotisa con Itagar.

—¿Qué? ¿Piensas tener tu turno con ella?

Los ojos lila pálido del elfo morado se fijaron sobre los rojos del violador mientras cerraba los puños y apretaba su mandíbula.

—Yo respeto lo que tiene dueño —gruñó Reiner entre dientes—. No tengo deseos de morir devorado por la *Ar'gik Chysmallar*. Ahora vete —Pero el muy cachorro no se movió de su lugar en el suelo—. ¡Te dije que te marcharas! —gritó y haciendo un barrido con su mano izquierda, lanzó a Sheif fuera de la celda para luego cerrarla de un portazo.

Con un gruñido que lastimó su garganta aún más, el enojado dökkálfar se levantó del suelo, arregló sus pantalones y armadura, y se perdió en el oscuro pasillo del calabozo.

Adara, como una silenciosa testigo de todo lo que acababa de suceder entre los dos elfos, suspiró con alivio una vez su atacante se marchó a regañadientes. Sin embargo, este sentimiento le duró poco pues el elfo rubio se volteó y dirigió hacia ella.

—¡No te me acerques! —exclamó con los ojos desorbitados—. Ya es suficiente con lo que me hizo ese hijo de puta.

—No voy a lastimarte —le respondió Reiner levantando las manos, batallando contra su propia oscuridad que se alzaba al percibir el terror en ella, mientras aquellos ojos azules se anegaban de lágrimas.

La pobre humana estaba desnuda de la cintura hacia abajo, semen se escurría del triángulo entre sus piernas y la sombra de moretones ya se podía ver sobre la piel blanca de sus muslos. Lo que antes fueron sus pantalones cortos yacían a sus pies hechos jirones de tela inservible.

—No te creo —afirmó—. ¡Todos ustedes son unos animales!

—¿Todos? —preguntó él, convocando una larga falda ancha sobre las caderas de la chica—. ¿Incluso Itagar?

Los ojos de ella se agrandaron al sentir la tela cubriéndola, bajó la mirada al suelo y se mordió el labio. Quería decirle que su elfo no era como ellos, pero, ¿a quién engañaba? ¡No hacía ni un día que conocía a Itagar! ¿Quién le aseguraba que él no era igual de despiadado y cruel que el animal que la atacó? Ella lo quería mas no estaba segura de poder confiar en él, no después de lo ocurrido.

Reiner vio su inseguridad en el lenguaje corporal de la mortal y una mezcla entre gemido y suspiro escapó de su garganta. La chica desconfiaba ahora hasta de su propia sombra. Una pena en realidad pues significaba que las oportunidades que permaneciera al lado del exgeneral eran casi nulas. *Y si parte de vuelta a su mundo, la demencia se apoderará de Itagar.*

Sin embargo, no podía dejarla encadenada a la pared, debía liberarla y sacarla de aquellos calabozos o estaba seguro que Sheif vendría por ella de nuevo. Tan sólo debía mantener a la bestia que salivaba en su interior controlada para que la mortal confiara en él lo suficiente como para sacarla de allí. Fácil en la planificación, pero complicado en la ejecución.

—Pienses lo que pienses de nosotros, déjame ayudarte a salir de aquí —Esa aseveración la confundió, eliminando la mayor parte del delicioso olor a miedo que llevaba impregnado en su piel.

—¿Por qué harías algo como eso? ¿No te estás arriesgando demasiado por alguien que es insignificante para ti? —preguntó Adara, frunciendo el entrecejo mientras las dudas la carcomían por dentro.

—No te hagas ilusiones, no es por ti y mucho menos por Itagar —respondió el elfo con un semblante serio, casi frío—. Sólo quiero tener un buen acto que mostrar ante la Señora de los Ojos Brillantes para compensar por el daño que les he hecho. No quiero que la diosa me devore junto a Sheif y la sacerdotisa.

—Típico —murmuró la chica con una pequeña sonrisa en sus labios—. Pero al menos pareces sincero.

—¿Entonces eso significa que no comenzarás a gritar como una loca cuando te quite esas cadenas?

—No quiero que me toques.

—Puedo liberarte sin ponerte un dedo encima.

La muchacha asintió, pero luego agachó la cabeza y se mordió el labio inferior mientras su conciencia la atacaba. No sería justo abandonar a su dökkálfar a su suerte sin embargo, temía el reencuentro. Estaba segura que no toleraría las caricias o besos de Itagar, mejor dicho de los hombres en general, por un largo tiempo. El simple hecho de imaginar a un hombre tocándola le provocaba escalofríos.

—¿Y qué pasará con Itagar? ¿Lo liberaremos a él también?

—Él está arriba en el templo, dentro de una habitación que la gran sacerdotisa usa para realizar sus torturas —dijo el elfo oscuro antes de murmurar un hechizo entre dientes que abrió los grilletes de las cadenas sosteniendo a la humana de la pared—. Sin embargo, no me arriesgaré a subir allá y que la Exaltadísima me atrape. Él se quedará y tú saldrás; incluso iré tan lejos como hasta regresarte a tu propio mundo si me es posible.

—¿Y si no?

—Al menos estarás en la superficie donde los dökkálfar no solemos dar caza a nada o nadie — Con una mirada a la puerta de la celda ésta se abrió para luego dibujar unas elaboradas runas en el aire que brillaron de un dorado intenso por unos segundos antes de desaparecer. No bien Adara se alejó de la pared donde había estado encadenada, una copia exacta de ella tomó su lugar.

La chica extendió la mano para tocar el cabello azul de su doble mas ésta pasó a través como si de un espejismo se tratase. Miró al elfo morado buscando una explicación, pero él se negó a hacerlo.

—Olvidalo. Tenemos que irnos ahora o nos atraparán.

Suspirando profundo para darse valor, Adara murmuró una plegaria para su amante y se encaminó detrás del rubio en busca de su libertad.

# Recuerdos de un Pasado Cercano

## 8

La oscuridad se cernía todo a su alrededor haciendo que el silencio fuera insoportable, casi tanto como sus heridas. Podía sentir la sangre aún emanando de algunos cortes profundos en su espalda, creando pequeños charcos del líquido escarlata sobre el frío suelo donde se hallaba tirado. Ya no le quedaban fuerzas para mantenerse en pie pues los latigazos y el dolor lo habían convencido de besar aquel piso de roca como a una vieja amante.

Abrió sus ojos plateados y vio su mano derecha ensangrentada descansar sobre el suelo que se había vuelto negro por la mugre y los fluidos corporales de incontables víctimas antes que él. Casi parecía justo que fuera castigado en el lugar donde tantos otros habían suplicado perdón bajo su inmovible mano.

Aquellos tiempos en que ejerció como el general de la guardia de la gran sacerdotisa fueron sus mejores y peores años. Beneficiarse de los más grandes privilegios de Akmaderys mientras en las noches era “acariciado” por su sádica ama era para él la mejor de las bendiciones que Akmeral podía otorgarle; hasta que una noche conoció a la hechicera humana de ojos azules al aventurarse a la superficie.

Sus encuentros furtivos bajo la luz de la luna fueron demostrándole poco a poco lo que en realidad era el amor y cómo se debía tratar a un verdadero ser amado. Ella fue una amiga y luego se convirtió en la hermana que su madre nunca le dio. Esa muchacha le enseñó lo que era tener un corazón; no que nunca lo tuviera, pero antes nadie le había mostrado a usarlo correctamente. Aquella niña, que aún luego de mil años no se atrevía a nombrar por miedo que el dolor lo quebrara para siempre, abrió sus ojos a la verdad y ya nunca más pudo volver a cerrarlos.

Ya nunca más pudo sacudirse de encima del hombro el maltrato y las humillaciones por las que pasaba cada noche a manos de una elfa que decía amarlo.

Lágrimas brotaron de sus ojos al recordar el día en que la sacerdotisa los atrapó juntos y arrastró a la hechicera hasta los calabozos del Gran Templo de Akmeral, el cual dominaba el resto de la ciudad subterránea. Los gritos de la mortal aquella noche aún provocaban escalofríos en su cuerpo y llenaban de rabia su corazón. ¿Cómo era posible que su ama tratara de una manera tan cruel a una inocente? ¿Cómo había podido ser tan desalmada de obligarlo a matar a una mujer que significaba tanto para él?

Aún podía verla como si todo hubiese sucedido ayer...

Sus ojos azules lo miraban mientras lágrimas se derramaban sobre sus sucias mejillas y su largo cabello negro caía sobre una espalda marcada por el látigo. Se hallaba desnuda, sucia y llena de sangre vieja ya que llevaba una semana metida en el cuarto de tortura. Tenía el ojo derecho morado, un corte en el labio inferior y moretones en los muslos, principalmente en el interior de éstos, pues toda la guardia del templo se había turnado para violarla.

Al principio él había usado su rango y poder para ahuyentar a los bastardos de la celda, pero drogaron su comida con unas hierbas muy potentes que lo enviaron al mundo de Carcanak por veinticuatro horas. Tiempo que su delicada hermana mortal fue forzada una y otra vez por las bestias que él consideraba sus compañeros. Cuando al fin despertó, se encontró amarrado en la cama de la gran sacerdotisa y perdió otro día tratando de convencer a su ama que lo soltara antes

que ésta accediera. Sin perder más tiempo, corrió al cuarto de torturas sólo para hallar a dos de sus subordinados sobre la hechicera mientras ella lloraba y suplicaba porque se detuvieran. La escena hirvió su sangre, logrando que desatara toda aquella furia contra los guardias sin detenerse siquiera por un momento hasta que la sacerdotisa los interrumpió, ordenándole que lo hiciera.

Itagar acarició la mejilla de la muchacha encadenada, tratando de decirle que él arreglaría todo, y se giró para encarar a la Gran sacerdotisa de Akmeral. La cara de pocos amigos que lanzaba dagas mortales a la pobre hechicera no auguraba nada bueno.

—Yira es inocente, su Exaltadísima. Déjela ir, por favor.

La risa de su ama hizo eco en la fría habitación antes que aquellos iris rojos se posaran sobre él con altanería.

—¿De veras crees que voy a dejar ir a una hechicera de tercer nivel a la que le hemos causado tanto daño? Debes pensar que he perdido la cordura —dijo la dökkálfar, ataviada de un largo traje negro semitransparente que recordaba a una telaraña—. No voy a arriesgarme a que esa mujer traiga humanos aquí y nos ataquen. Solo velo por nuestra seguridad.

—¿Y la de ella quién la vela? Yira no hizo nada malo para que se la tratara como a una criminal —reclamó, entornando los ojos sobre su ama. Lanzando un suspiro frustrado, cambió la vista hacia la figura maltratada de la chica que se encontraba con la mirada agachada como si se hubiese resignado a su destino, y encaró a su ama de nuevo. El fuego de la determinación ahora brillaba en sus ojos pues se dio cuenta que él era la única salvación de la joven hechicera—. Ella no tiene pecados que la diosa deba devorar. Déjela ir, mi señora.

—Claro que los tiene. Todo el mundo es culpable de algo y la *Ar'gik Chysmallar* ya la ha encontrado culpable, debe morir —sentenció la sacerdotisa con un brillo de gozo en sus ojos y una sonrisa curvando sus labios pintados de rojo.

El general apretó los dientes ante la testarudez de su ama y se dirigió hacia la hechicera. Agachándose frente a la joven, rodeó aquel rostro con sus manos y lo levantó para que sus miradas se cruzaran. Ella intentó zafarse de su agarre, pero él lo impidió y le ordenó que no cerrara los ojos.

Como había predicho, al buscar dentro de su alma por algún acto impío que pudiera condenarla ante Akmeral, Itagar no halló nada más que inocencia y un pozo de magia tan puro que sólo podía significar que la chica descendía de los dioses mismos. ¿Podría ser esa la razón del desprecio y crueldad que la sacerdotisa exhibía hacia la joven humana?

Fuera por las razones que fuera, ese desprecio terminaría siendo la perdición de Yira si él no lograba convencer a su ama de la verdad.

—Acabo de ver su alma y no hallé ni un solo pecado por el que la diosa pudiera castigarla, su Exaltadísima —aseguró el general, abriendo los grilletes con un ademán de su mano sin esperar a que la sacerdotisa se lo ordenara—. No hay razón alguna para retenerla; debe volver a la superficie.

—Claro que ha cometido un pecado —murmuró la elfa, mirando con odio cómo su amante favorito se acercaba a la mortal—, y es el peor de todos. Esa mosquita muerta ha logrado que un dökkálfar la ame.

Los ojos plateados del guardia se agrandaron por un brevísimo instante que no pasó desapercibido por su acompañante, sus mejillas se volvieron más oscuras y terminó clavando la vista en el suelo. Su secreto había sido descubierto.

—La *Ar'gik Chysmallar* no condena... —comenzó él, pero fue interrumpido con brusquedad.

—Las leyes antiguas sí y yo no pienso desobedecerlas —La voz de la Gran sacerdotisa de Akmeral se volvió fría y cortante; como si el hielo hubiera reemplazado sus cuerdas vocales.

Materializó una daga cuya hoja tenía grabadas imágenes de arañas y murciélagos, y se la tendió al elfo que había destrozado su corazón—. La ley dicta que ambos deben morir, sin embargo, debido a los servicios que has prestado hasta el momento, estoy dispuesta a perdonarte la vida si la asesinas a ella —decretó, señalando a la hechicera humana con la punta de la daga.

El color negro de la piel del elfo pareció tornarse gris mientras miraba a su ama como si se hubiera transformado en un ljósálfar frente a sus ojos. No podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Tan ciega estaba su sacerdotisa? ¿Se atrevería a ir en contra de la propia Señora de los Ojos Brillantes sólo para probar que no estaba equivocada?

—No, no lo haré. Prefiero morir —dijo, negando suavemente mientras utilizaba su cuerpo como un muro entre la débil muchacha tras él y la dökkálfar que echaba chispas en frente.

—No me obligues a hacerlo, Itagar.

Los irises de su querido general se volvieron cromados con una fina banda rosada a la misma vez que unas ráfagas de viento comenzaron a girar en torno a la inaceptable pareja. Sus ojos se achicaron y apretó la mandíbula. *¿Cómo te atreves a traicionarme con tanto descaro?*

—Mi respuesta no cambiará —sentenció él entre el ruido del viento que poco a poco aumentaba en intensidad.

—Recuerda que fue tu obstinación la que forzó mi mano. Mata a la humana ahora, Yis L'Itagar Gamel'le —ordenó la Gran sacerdotisa de Akmeral con una media sonrisa dibujándose en sus labios pintados de escarlata y el cabello dando latigazos por el viento mágico.

Las paredes del calabozo parecieron cerrarse sobre Itagar, aplastando tanto su corazón como la esperanza de poder salvar a su hermanita humana de aquella situación. Los vientos que había convocado se desvanecieron cuando su concentración falló por la lucha interna entre sus deseos y la imposición mágica que lo obligaba a acatar la orden de su ama.

*«Darle tu nombre verdadero a otro es darle poder sobre ti.»* Las palabras de su madre hacía siglos atrás retumbaron en su cabeza como si su consciencia tratara de torturarlo aún más.

¡Qué imbécil había sido al confiarle su nombre verdadero a esa bruja de sangre fría! ¡Fue asquerosamente inocente pensar que la sacerdotisa no usaría esa información en su contra! Y ahora pagaría las consecuencias por su estupidez.

Sus pies se movieron por sí solos, girando sobre sus talones para quedar de frente a la chica mientras levantaba la mano derecha con la palma hacia arriba, esperando que su ama le entregara la daga ceremonial. Cuando sintió el gélido metal contra su piel, cambió el arma a la mano izquierda y apretó la empuñadura hasta que sus nudillos se tornaron grises. Ojos azules, tan profundos que lucían como zafiros, lo miraron con tristeza mientras él se agachaba, para estar al nivel de aquellos irises, observando la hoja plateada en sus manos como si de la peor escoria se tratase.

—Mátala ya, Yis L'Itagar Gamel'le.

El elfo respiró hondo, levantando la vista al oscuro techo del calabozo para luego retornarla a su víctima. Sus ojos se humedecieron al ver las lágrimas de ella dejar marcas sobre sus sucias mejillas. Él no quería lastimarla, pero la necesidad de acatar las órdenes de la gran sacerdotisa estaba comenzando a causar estragos en su cuerpo. Un puñal parecía hundirse en su pecho cada vez que respiraba.

—Hazlo, Itagar —Yira le suplicó en un hilo de voz—. No quiero que la magia antigua te lastime por intentar luchar en su contra.

Ella puso una mano sobre su mejilla y le dedicó una triste sonrisa antes que el dökkálfar hundiera la daga en su estómago. Las lágrimas que intentaba retener se liberaron mientras observaba el rostro de ella dibujar una mueca de agonía, antes de sacar el arma de la joven sólo

para enterrarla una vez más. A lo lejos escuchó la risa de la sacerdotisa y su alma gritó, suplicándole que parara, pero ya era muy tarde... ya no podría detenerse; no cuando cada apuñalada aliviaba el dolor en su pecho.

—¡MALDITA SEAS, CERIAS! —aulló el exgeneral, volviendo al presente. Por primera vez en su vida había llamado a la mujer, que hasta hacía poco consideró su ama, por su nombre—. No importa dónde te escondas, al final no podrás escapar de mí —gritó y sus uñas dejaron surcos en la mugre que cubría el suelo de roca.

Terminó arrodillado, los brazos descansando sobre sus muslos con las muñecas hacia arriba y mirando las cadenas que lo mantenían cautivo con ojos vacíos. Su cuerpo adolorido resentía la posición mas poco le importaba. No era la primera vez que lo torturaban con tanta crueldad, pero por la Señora de los Ojos Brillantes que sería la última. *Tengo que salir de aquí cueste lo que cueste. La vida de Adara depende de mí.*

Cerró los ojos, concentrándose en reunir las pocas reservas mágicas que le quedaban y pronunció el hechizo que debería liberarlo de sus cadenas. El metal produjo un chirrido estridente, sin embargo, de ahí en fuera no sucedió nada más. Era inútil; su reticencia a tomar baños de luna durante su estancia obligada en aquel sistema de cavernas, lo condenaría no sólo a él sino a su Adara también a una muerte segura.

La sonrisa de su colmillo apareció en su mente y recordó sus palabras cuando le pidió que la acompañara al mundo mortal.

Su humana lo necesitaba, no podía darse por vencido. ¿Qué iba a hacer si ella perdía la vida por su culpa? Si él solo no podía salvarla, entonces pediría la ayuda de alguien para la cual no existían las imposibilidades.

—Sé que no soy digno de que escuches mis palabras pues hace mucho que no te rindo culto como debería, pero te ruego que lo hagas; no por mí sino por la seguridad de mi colmillo. Oh, Señora de los Ojos Brillantes, dame las fuerzas... dame fuerzas para proteger a Adara de estas bestias que alguna vez llamé compañeros —Sus orbes plateados se anegaron con lágrimas y sus manos se cerraron en puños—. Sabes que ella es inocente... sabes que ya la han lastimado... Por favor, mi diosa, te ruego que me ayudes —susurró, agachando la mirada a sus cadenas mientras su desesperación e impotencia descendían por sus mejillas para acumularse al borde de su mandíbula y caer como dagas sobre su pecho. *No sirvo ni siquiera para rezar.*

—Eso no es cierto, mi criaturita de oscuridad.

El dökkálfar levantó la cabeza para ver delante de él un ser al que jamás en su vida imaginó conocer. La mujer que lo observaba con tristeza en sus ojos plateados tenía la piel violeta oscuro con cientos de diminutas estrellas y un largo cabello rubio platinado, el cual parecía resplandecer con la intensidad de la misma luna, caía sobre su espalda.

No podía creerlo. Sus ojos debían estar engañándolo de alguna manera pues esa fémica, cuya piel parecía brillar como si estuviera cubierta por polvo de diamantes, no podía ser Akmeral.

Ella se inclinó hacia él con una sonrisa en sus labios, provocando que su fino cabello cayera en cascada sobre sus hombros y revelara orejas puntiagudas cubiertas por pantallas que refulgían con la misma intensidad de su cabello.

—Sí, soy la dama de la oscuridad, Aquel que la noche oculta —susurró y las cadenas que lo ataban se disolvieron en el aire—. Tu súplica fue escuchada —dijo la diosa antes de posar un suave beso sobre la frente de Itagar—. Tienes mi bendición y una fracción de todo mi poder. Mi hermoso Yis L'Itagar Gamel'le, sé cómo tu nombre indica y conviértete en la personificación de mi justicia. Ejecuta a todos aquellos que han profanado mi templo al sacrificar una vida inocente en mi nombre e intentar hacer lo mismo con otra y, a cambio, te daré aquello que más deseas.

Lágrimas surcaron el rostro del elfo oscuro de nuevo.

—Gracias, mi señora. Juro que me convertiré en su leal brazo ejecutor de ahora en adelante — declaró el exgeneral, inclinándose hasta que su frente tocó aquel sucio piso.

De repente, un par de dagas en hierro negro, y con unas runas en sus empuñaduras que refulgían con luz lunar, aparecieron en el suelo frente a él. Akmeral le regaló una sonrisa, susurró unas palabras en un idioma extraño y desapareció en las sombras oscuras de la celda.

Itagar tomó las dagas que su diosa le dejó, alzó la vista hasta la puerta de madera, la cual servía como una pobre barrera entre él y su libertad, y una media sonrisa curvó el lado izquierdo de su boca.

—Cuidado, Cerias, pues te haré pagar por todo lo que nos has hecho a mi colmillo y a mí.

## Batallas que Dejan Huella

### 9

Ya en la superficie de Svartálfaheim, Reiner se detuvo para girarse hacia la chica que caminaba a su izquierda. Ella lo imitó de inmediato, observándolo como un venado que no sabe si correr o seguir pastando al escuchar un sonido extraño en el bosque. Una vez más su bestia comenzó a escalar su agujero, tratando por todos los medios de tomar control del cuerpo.

—Sé que debe ser difícil, pero te pido, por favor, que intentes calmarte. Tu miedo sólo provoca al monstruo que duerme en mi interior y no quiero lastimarte —comenzó el dökkálfar, apretando los dientes en una clara lucha interna—. Dejando eso de lado, quería preguntarte dónde está el espejo que te trajo aquí.

Adara bajó la mirada al suelo, indecisa sobre si contarle lo que había sucedido o no. ¿El espejo era suyo? ¿La lastimaría como le hizo su amigo si se enteraba que ella había roto el objeto?

Los minutos se alargaron mientras ella continuaba sin responder, su vista concentrándose en la tierra bajo sus botas. La luz de la luna iluminaba un camino de rocas que brillaban plateadas cada vez que el satélite natural las besaba. Dicho camino se perdía entre la vegetación y la oscuridad del bosque que los rodeaba, al igual que había sucedido con su valor.

—Mujer, te hice una pregunta.

La voz endurecida de su acompañante la hizo temblar de pies a cabeza y fue entonces que sus labios se movieron. Era mejor responder antes que el elfo utilizara magia para forzarla, pues eso era algo que no podría soportar una segunda vez. No deseaba sentir su cuerpo siendo dominado por magia nunca más.

—El espejo se encuentra roto en la red de cuevas de Itagar —respondió, por fin, en un susurro.

—¿Está roto? —le interrogó Reiner, agrandando los ojos y alzando su voz, provocando que la joven se encogiera ante él.

—N-no fue mi intención. Itagar me prometió que podía arreglarlo con magia, pero n-nun-c-ca tuvo la oportunidad de hacerlo —Intentó explicarse mientras sus manos temblaban. No quería que la lastimara mas no podía evitar aterrarse al ver la furia dentro de aquellos iris lila. Luego de lo que había pasado, la más mínima estupidez ponía su corazón a mil por hora.

Reiner dio unos pasos hacia la mortal, su mirada vacía, pero a la misma vez mostrando una bestia en su interior. Ella ahogó un grito, retrocediendo y tropezando con una roca que casi la lanza al suelo. Recobrando el balance, vio cómo su acompañante sacudía su cabeza y apretaba los puños por largos segundos hasta que todo cesó y el brillo regresó a su mirada.

—Lo siento —se disculpó el dökkálfar para luego carraspear su garganta—. Entre más rápido encontremos el espejo y te envíe de vuelta, más rápido estarás a salvo.

Adara asintió, pasándose las manos de arriba para abajo sobre sus brazos en un vano intento por controlar lo arisco que se había tornado su corazón. Sus pies siguieron al elfo sobre el sendero de rocas brillantes hasta que luego de varios minutos, los cuales para ella se sintieron eternos, llegaron al sumidero que servía como entrada al sistema de cavernas donde había estado prisionero Itagar.

Negándose a acercarse demasiado al borde, por miedo a que el terreno cediera y la lanzara a la caverna de la manera más dolorosa, la chica estiró el cuello para mirar entre los helechos y la

hierba al altar que se encontraba abajo.

—Todos los pedazos están allí; justo donde los dejamos —Señaló ella a los restos del artefacto que descansaban amontonados sobre el altar de piedra, varios metros bajo ellos.



Los pasillos estaban silenciosos pues la mayoría de los dökkálfar se hallaban tomando su periódico baño de luna bajo los túneles y grietas cavados en la roca que servían como tragaluces para Akmaderys; y en el templo habían dos grandes salones destinados para tal uso. No todos los guardias de la gran sacerdotisa tenían permitido asistir al mismo tiempo, por obvias razones de seguridad, pero por lo menos aquellos de más alto rango estarían ocupados reabasteciendo sus reservas mágicas mientras platicaban entre ellos. Y a veces hasta se emborrachaban por la ingestión de alcohol y los altos niveles de magia recorriendo su cuerpo.

Itagar recordaba con perfecta claridad aquellos momentos. Siendo el general de la guardia, él se sentaba en el medio para recibir el abrazo del astro nocturno por completo mientras que sus pares hacían un círculo a su alrededor. Siempre comenzaban sentados con las piernas cruzadas sobre hermosos y elegantes cojines colocados en el suelo mas luego de dos horas de pláticas, comida, bebida y hasta peleas, terminaban acostados unos sobre otros mirando la luz de aquella que le otorgaba más que su propia vida.

El exgeneral suspiró para luego apretar los dientes. Extrañaba las bromas y la camaradería... Extrañaba a sus amigos y, aún así, se odiaba a sí mismo por anhelar la compañía de los seres que le habían causado tanto daño a la hechicera humana que atormentaba sus días.

Un ruido proveniente del final del pasillo lo hizo mezclarse con la sombras de la pared, aguantando la respiración y procurando no moverse de ninguna forma. Una figura hizo el intento de entrar al pasillo, pero retrocedió sobre sus pasos al ser llamada por un guardia pidiendo más vino. Por suerte, no había sido nada más que un esclavo.

Despegándose de la pared, Itagar sujetó con mayor fuerza las dagas que le obsequió Akmeral, las cuales habían dejado de brillar no mucho después de que la diosa desapareciera, y continuó caminando en dirección a las habitaciones de la gran sacerdotisa. Mmm, cómo ansiaba sentir sus manos cubiertas por la sangre de la maldita mientras veía la luz escapar de sus horribles ojos rojos. Su bestia gruñó, removiéndose de placer e impaciencia. Sólo unos minutos más y lo lograría. Unos minutos más y vengaría, no sólo a Adara, pero a su hermanita humana también.

Algunos cuantos pasos después, el avatar de justicia se encontró con la puerta de la biblioteca privada de Cerias. Miró el pomo, considerando girarlo, abrir la maldita puerta y atacar lo primero que se cruzara en su camino, mas una sensación extraña en lo profundo de su alma, lo frenó. El repentino deseo de cerrar los ojos se apoderó de él y, al seguirlo, su mente se vació de todo pensamiento, concentrándose solo en la habitación tras la puerta. Al otro lado, una llama de energía roja, amarilla y naranja en un mar de oscuridad, indicaba la presencia de un elfo oscuro en la biblioteca. ¿Cuáles eran los chances de que esa llama fuera la bruja que estaba buscando? Sus ojos se entornaron, deseando ver tan claro como si la puerta frente a él no existiera, sin embargo, el truco no funcionó esa vez y su vista retornó a la normalidad.

Apretando los dientes, Itagar se preparó para lanzar un hechizo silenciador, pero una vez más, aquella sensación lo detuvo. En su mente apareció un conjunto de runas que nunca antes había visto y al pronunciarlo en un susurro, una chispa eléctrica le recorrió todo el cuerpo. Dolor se regó por cada rincón, siguiendo la electricidad como doncella a su amante, provocando que

cerrara los ojos con fuerza mientras un quejido casi lograba abandonar sus labios. Luego de un par de minutos, que parecieron más largos que su condena, tanto la chispa como el dolor desaparecieron, dejándolo sin aliento. Todavía intentando llenar sus pulmones, miró hacia ambos lados del pasillo y exhaló en alivio. ¡Gracias a la *Argik Chysmallar* el lugar continuaba tan desierto como cuando se adentró en él!

*Quienquiera que seas, no escaparás de mí.*

Abrió la puerta con extremo cuidado y se deslizó dentro de la biblioteca, procurando no hacer sonido alguno, ni siquiera con sus pisadas. Pegándose al arco de la entrada y usando el borde para ocultarse a la vista, la justicia de Akmeral clavó su vista en la primera víctima de la noche. Largo cabello plateado, piel gris oscura y una armadura negra con dorado que relucía en la media luz de la habitación. Sheif. El bastardo que había violado a su querida duendecilla de cabello azul.

Sus manos apretaron las dagas con fuerza mientras luchaba contra sí mismo para no emitir sonido y percibía como su bestia embestia contra los barrotes de su prisión, desesperado por liberarse; pero aún no era el momento.

Apretando los dientes, Itagar salió de su escondite. Sheif continuaba ojeando los mapas y libros sobre la mesa frente a él sin darse cuenta de que la muerte lo acechaba. *Si no fuera porque alertarías a todo el mundo en este templo, te haría gritar hasta que me rogaras por una muerte rápida, maldito hijo de puta.*

El filo de una oscura daga se alzó en el aire. La justicia de Akmeral se acercó unos pasos más y el arma descendió. Una sonrisa comenzó a curvar los labios del asesino antes que una fuerte ráfaga de viento lanzara a Sheif contra los libreros a su izquierda, salvándolo de una muerte instantánea.

Itagar maldijo para sus adentros a la vez que se volteaba, enfrentando la nueva amenaza. Ciertas lo miraba directo a los ojos con una mezcla de orgullo y odio en el brillo de aquellos crueles orbes escarlata.

—¿Qué carajo fue todo eso? —gritó el elfo peliplateado mientras se levantaba de entre el montón de libros que cayeron sobre él—. ¿Por qué demonios me atacaste, Cérias?

Ella movió su mirada por unos segundos, sus ojos entrecerrándose sobre Sheif, antes que retornaran a Itagar. Sus labios carmesíes se curvaron en una sonrisa malvada que hizo gruñir al exgeneral.

—¿Eres tan inepto que no puedes verlo? Nuestro querido Yis L'Itagar Gamel'le está aquí con nosotros —dijo la sacerdotisa, señalando al dökkálfar que apuñaló su corazón con una sucia humana por segunda vez—. Esa es magia antigua, amor. ¿Quién te la enseñó?

—¿Itagar? Pero...

Ignorando tanto a la sacerdotisa como a su carcelero, la justicia de Akmeral se observó las manos. Él podía verse, pero otros no. Debía ser a causa del aquel hechizo y el horrible dolor que sufrió después. Acaso... ¿Acaso la Señora de los Ojos Brillantes estaba guiando sus pasos? Sin embargo, hechizo o no, su antigua ama podía verlo. Los poderes de la bruja continuaban sorprendiéndolo, incluso siglos después de que su amorío hubiera terminado.

—Cérias.

Aquellos iris escarlata parecieron convertirse en dagas dirigidas directo a su corazón y su labio superior tembló, mostrándole los dientes; un acto muy animal viniendo de ella.

—¿Cómo te atreves! Yo soy tu señora, tu ama.

—La *Argik Chysmallar* ha decretado que ya no serás ama de nadie —gruñó Itagar entre dientes mientras un brillo azul comenzó a cubrir el filo de las armas en sus manos—. Estás condenada a morir por mis manos, con éstas —levantó las dagas para que la mujer pudiera observar cada

detalle en ellas—, sobre tu cuello.

A sus espaldas, Sheif desenvainó su espada y saltó sobre él con una furia casi bestial, sin embargo, el filo pasó a un pie de su hombro izquierdo; era obvio que el maldito no podía verlo. Mas, también era una oportunidad que le había sido puesta en bandeja de plata, no podía desperdiciarla. La justicia de Akmeral movió las dagas con tal rapidez que el aire gimió a su alrededor. Lamentablemente, las armas nunca llegaron a su destino. Antes que las puntas se hundieran en la piel gris oscura de su atacante, un rayo lo golpeó; la descarga lanzando a ambos hombres a diferentes lados de la habitación.

Itagar chocó con fuerza contra la puerta cerrada y cayó al piso. Las dagas se resbalaron de entre sus dedos, haciendo un ruido metálico que pareció ensordecedor en sus oídos mientras sus párpados se abrían y cerraban como si lucharan por permanecer abiertos. Sin embargo, su debilidad era una treta; puro teatro creado para que los peces mordieran el anzuelo. Sí, el rayo lo había desorientado un poco, motivo por el que aún permanecía en el suelo, fingiendo, pero no había sido suficiente para dejarlo inconsciente. Los poderes que la diosa había infundido en él aumentaron su resistencia corporal, por lo que podría recibir ocho o nueve rayos más, todos de potencia máxima, antes que su cuerpo comenzara a sentir efectos graves.

Un quejido sonó en el fondo, seguido de suaves pasos que se acercaban. La seda del vestido de la sacerdotisa rozó sus dedos y luego la sombra de ella apareció sobre él. Escuchó otro susurro de tela antes que dedos femeninos le apartaran el cabello de su oreja y el aliento de la elfa le acariciara la piel; una que se erizó con repulsión de inmediato.

—Esta vez no seré gentil contigo, amor. Esta vez le ordenaré a Sheif que la viole repetidas veces frente a ti mientras estés paralizado y encadenado. ¿Te gusta mi idea?

Itagar abrió sus ojos, los cuales brillaron cromados por un instante, y, con un rápido movimiento, hundió la cuchilla más cercana en el estómago de la Gran sacerdotisa de Akmeral. Los iris rojos que le devolvieron la mirada se agrandaron y bajaron hacia la herida, donde su mano aún sostenía la daga enterrada en la carne de aquella bruja. Con la sorpresa aún afectando su rostro, la sacerdotisa dio unos pasos para atrás, liberándose del arma con un gemido y cayendo al suelo mientras intentaba aplicarle presión a la herida.

Un grito de furia sonó a su izquierda y, en segundos, Sheif se hallaba entre el cazador y su moribunda presa. Una sonrisa de satisfacción curvaba los labios del dökkálfar de ojos rojos.

—Ya no tienes la ventaja, *general*. El rayo de su Exaltadísima te hizo visible. Ahora tendrás que pasar sobre mi cadáver para llegar a mi señora.

Los ojos cromados del exgeneral se movieron de la brillante espada que era apuntada en su dirección al elfo que la sostenía vestido con su armadura negra y dorada. Había tantos agujeros en su defensa que Itagar se sorprendía de que su antiguo subordinado hubiera mantenido su posición de guardia del templo por tanto tiempo. ¿Cómo rayos no lo habían echado de patitas a la calle cuando el tipo ni siquiera sabía protegerse?

De una cosa estaba seguro, con magia de invisibilidad o sin ella, matar a Sheif no sería complicado.

—Te iba a dejar para lo último, pero ya que eres tan leal a esa hija de puta, que sea como quieras —respondió la justicia de Akmeral y se lanzó contra su nuevo objetivo. La velocidad que tomó formó una honda de viento tras sus pies que pareció ralentizar el sonido, dando cero oportunidades para que su enemigo contraatacara. Con un movimiento de tijera, las dagas cortaron armadura y carne tan profundamente que el cuerpo de su víctima no reaccionó de inmediato. Dos segundos después, sangre formó dos líneas horizontales sobre el vientre de Sheif y sus vísceras se precipitaron fuera de su cuerpo en una masa de asquerosa viscosidad. Los ojos rojos del elfo

rodaron dentro de sus cuencas antes que cayera sobre un charco de sangre, intestinos destrozados e, incluso, excremento—. Merecías algo peor, pero no podía darme el lujo de hacerte gritar —murmuró Itagar, mirando sobre su hombro al cuerpo de quien tanto daño le había causado a Adara.

Derrumbada en medio del umbral entre sus habitaciones y su biblioteca, Cerias no podía creer lo que había visto. Su amado se había movido con la velocidad de los dioses. Semejante cosa no podía ser cierta, no viniendo de un *dökkálfar* que apenas tenía energía para pararse hacia un par de horas atrás. ¿Qué demonios había pasado? O, mejor dicho, ¿qué le había pasado a Itagar?

El elfo dirigió entonces su mirada hacia ella, haciendo que el frío se disparara bajo su espalda y erizara todos los vellos del cuerpo. Su alma se paralizó dentro de su cuerpo al contemplar los ojos plateados de Itagar. Había una oscuridad temible y poderosa ocultándose tras el color de aquella mirada que le recordaba a su diosa... a la señora por quien había desperdiciado siglos sirviéndole sin recibir nada a cambio. Podía sentir esa oscuridad como dedos fríos tratando de tocarla... tratando de agarrarla y partirla en dos por todos sus pecados... por todas sus transgresiones contra su propio credo.

Cerias lo vio acercarse con la Muerte en los ojos y sus propios orbes se agrandaron. ¿Acaso...?

¿Acaso la *Argik Chysmallar* le había dado su bendición al maldito de Itagar? ¡No, no podía ser! Ella era la única merecedora de esa bendición, no un hijo de puta arrastrado que había atacado toda su cultura al enamorarse de una sucia humana. ¡Dos veces! Dos veces Itagar había pecado contra los suyos y, ¿aún así la diosa lo escogía? ¿Dónde estaba la justicia en eso?

Dándose cuenta de que moriría si enfrentaba a su prisionero en aquellos momentos, Cerias comenzó a murmurar un hechizo.

El *dökkálfar* se detuvo a pocos pasos de la Gran sacerdotisa de Akmeral y, sin decir una sola palabra, giró su muñeca de modo que su palma quedara hacia arriba. El grito desgarrador de la mujer le provocó una media sonrisa y su bestia ronroneó, al igual que un minino mimado, mientras el chorro de sangre le salpicaba la cara. En su mano se hallaba un sangriento corazón que aún palpitaba, llenando sus dedos de más líquido escarlata. Tuc, tuc-tuc. La música hipnótica de los latidos continuaba gracias a la magia que permeaba todo Svartálfaheim; de otro modo el órgano hubiese muerto en el momento que fue arrancado.

Sus ojos plateados se entornaron sobre el corazón, el cual pareció encogerse bajo la presión psíquica que comenzó a oprimirlo, y un gemido hizo eco en la habitación.

—Te o-ordeno que te de-t-tengas, Yis L'Ita-ga-gar Gamel'le —murmuró Cerias desde el suelo mientras alzaba una mano en dirección de su torturador.

La reacción fue automática. La mandíbula del elfo se tensó mientras luchaba contra la magia ancestral que intentaba obligarlo a acatar la orden de la bruja a sus pies. Su concentración falló, liberando al órgano del poder que lo oprimía, pero fue rápido para cambiar tácticas. Ninguno de sus hechizos funcionaría correctamente bajo la influencia del *girash'mir*, sin embargo, tenía la suficiente fuerza como para destrozarse un cráneo con sus propias manos, así que una masa de tejido blando no sería problema. Su conflicto estaba en obligar a sus dedos a acatar sus órdenes.

Itagar gruñó con el esfuerzo y su mano comenzó a temblar mientras sus dedos poco a poco se contraían, aplicando presión sobre el sangriento órgano. Los quejidos de la mujer volvieron a escucharse antes que otra orden de detenerse le fuera dada. Dolor comenzó a golpear sus sienes a la misma vez que sentía como si agujas perforaran sus pulmones con cada respiración. De entre sus labios escapó un suave gemido que terminó transformado en un siseo cuando sintió un puñal invisible perforar su corazón.

Ya era suficiente. Estaba harto de que ella lo manejara a su antojo por culpa de un error. Estaba

harto de ser el objeto de su obsesión.

Ira cubrió el interior de su cuerpo como una ola, inundando todo con tal intensidad que el dolor fue opacado y carcajadas llenaron su cabeza, anunciado la liberación de su bestia. Esa era su oportunidad para deshacerse de la perra que lo había sometido bajo su yugo desde que cometió la estupidez de revelar su verdadero nombre.

Lo bueno del *girash'mir*, o el poder de los nombres, era que sólo podía controlarte aquel a quien tú le revelabas el nombre que la diosa había tatuado en tu frente en el momento de tu nacimiento. Aquellos que lo oían por boca de otro que no fueras tú, no podían someterte a su control. Lo que significaba que, aparte de Adara, Cerias era la única que tenía poder sobre su persona.

Y ese era uno de los motivos de su gran odio hacia la sacerdotisa. Él, en un momento de pasión, le había confiado el mayor tesoro de su vida y ella lo había usado para obligarlo a destruir la mujer que le enseñó a ser más que un demonio de violencia y deseo.

—¡Jamás volverás a controlarme, Cerias! —gritó y, ayudado por la furia en su corazón, cerró la mano en un puño. El sonido que llenó sus oídos imitó al de una fruta pulposa al ser aplastada, seguido de cerca de un desgarrador aullido femenino. La sangre le salpicó en el rostro y resbaló entre sus dedos hasta caer al piso de la biblioteca para luego mezclarse con aquella que continuaba emanando del pecho de la Gran sacerdotisa de Akmeral.

Al fin estaba hecho.

Al fin era libre.

Los irises cromados de Itagar se clavaron en el cuerpo sin vida de Cerias y la punta de su lengua acarició sus labios con lentitud. Obedeciendo los oscuros deseos de su bestia, dejó caer el destrozado corazón al suelo, cubrió la distancia que lo separaba de su víctima y, mojando sus pies descalzos en el tibio líquido escarlata, se ñangotó frente al cadáver.

El odio volvió a burbujear en su interior al igual que agua en su punto de ebullición.

Ideas que nunca había tenido se arremolinaron en su cabeza. Deseaba... no, ansiaba mancillar el cuerpo frente a él, como Sheif había hecho con su pequeño colmillo, luego se tomaría su tiempo despedazándolo y, finalmente, le ofrecería los pedazos a la Señora de los Ojos Brillantes. Después de todo, su diosa prefería las ofrendas sangrientas cuando se trataba de pecadores como la bruja que tenía en frente.

Itagar extendió su mano ensangrentada hacia el cabello blanco de la muerta, pero antes de que sus dedos pudieran rozar las hebras siquiera, un sonido fuera de la biblioteca llamó su atención. Voces se acercaban por el pasillo; voces que de seguro escucharon sus gritos y los de Cerias.

¡Maldición! Aquello era precisamente lo que él había intentado evitar, pero, al parecer, la suerte había decidido darle la espalda.

La historia continúa en **Detrás del Espejo** parte 2. Encuéntrala en Amazon para abril del 2020. **Mientras, disfruta de este extracto escogido para hacerte llorar...**

**La oscuridad** se cernía sobre él mientras miraba a su alrededor y el consejo de la Señora de los Ojos Brillantes resonaba en su mente. «*Tu humana estará aseándose cuando llegues. Ella no te espera así que no la asustes.*» Se hallaba en lo que lucía como una sala de estar con una extraña caja rectangular negra pegada a la pared del fondo. Torciendo el gesto, sacudió la cabeza y su mirada se posó sobre un arco que se encontraba a su izquierda y que daba a un pasillo. Los aparatos humanos de esa época podían esperar a ser inspeccionados luego, en ese momento su atención debía estar en anunciar su presencia sin alterar a su *sar'gek*.

Ella había sido atacada sexualmente mientras su cuerpo era controlado por magia así que no recurriría a sus hechizos controladores por ahora. Además, tampoco consideraba prudente quedarse en la sala y que ella lo encontrara esperándola allí pues de seguro le daría un ataque cardíaco. El único curso de acción que le provocaría el menor miedo posible a su duendecilla era el más obvio: anunciarse a viva voz.

Podía escuchar agua corriendo desde el interior del pasillo lo que significaba que el baño de Adara estaba en esa dirección. Se debatió entre acercarse para llamarla o quedarse en su lugar, pero al final decidió jugar a la segura. Siempre podía manipular su voz con magia para que ella lo escuchara mas no despertara a todo el vecindario.

—¡Adara! Estoy aquí por ti, pequeña —dijo Itagar y su voz potenciada por sus habilidades pareció hacer retumbar la casa de cemento hasta los cimientos.

Segundos después, el agua dejó de correr y luego una puerta a la derecha del pasillo se abrió, haciendo que la luz del baño se derramara hasta casi tocar el arco. Adara apareció, asomando su cabeza mojada por el umbral de la puerta. Sus hermosos zafiros se agrandaron un segundo antes que se llenaran de lágrimas y su dueña saliera corriendo, ataviada solo con una toalla blanca. Se detuvo a pocos pasos de él, aplaudiendo dos veces para que las luces de la sala se encendieran. Las lágrimas que luchaba por retener se liberaron, rodando por sus suaves mejillas con rapidez, mientras daba un paso adelante para luego detenerse y bajar la mirada al suelo.

El elfo vio la indecisión y el dolor apoderarse de su *sar'gek*, y sus pies se movieron por sí solos con la intención de darle el calor que ella necesitaba. Sin embargo, su duendecilla alzó la cabeza de inmediato y caminó hacia atrás, apartándose tan rápido como él se había movido.

—N-no, no puedo, Itagar —susurró mientras el dolor continuaba materializándose como un torrente salado que surcaba su rostro—. No me toques, amor. No cuando aún no puedo olvidar *su* rostro mientras...

—Perdón —rogó él, cayendo de rodillas al piso para luego golpearlo con sus puños—. Perdóname por no haberte protegido como debía. Perdón. Perdón.

Adara se arrodilló frente al *dökkálfar* y automáticamente una mano se extendió para posarse sobre aquel hombro oscuro, pero cuando las puntas de sus dedos estaban a punto de tocarlo, se detuvo, retirando su mano de inmediato. No podía; no se atrevía a tocarlo cuando su atacante se le parecía tanto. Era como si no pudiera diferenciar entre aquel bastardo y el hombre al que ella amaba... no, al hombre que ella necesitaba para vivir.

Los últimos tres meses desde que volvió a su hogar habían sido un martirio sin alivio ni escapatoria. Una pesadez se había metido en su pecho, volviéndola lenta y distraída en sus actividades; como si no supiera vivir sin ver a cierto *dökkálfar* de ojos plateados. Se sintió vacía,

sin vida y eso era sin contar el pánico que le había desarrollado a los hombres en general. Sin embargo, ahora que tenía a Itagar frente a ella, ahora que su corazón podía volver a latir con fuerza, su mente no le permitía tocar a su hombre. No era justo. No era para nada justo.

—No, Itagar. No hay nada que perdonarte —dijo ella tan bajo que no estaba segura de si él había podido escucharla—. Tú también estabas en tu propio infierno.

—Eso no es una excusa para mi incompetencia... mi debilidad.

Más surcos se formaron en su frente a la vez que un sollozo salía de sus labios. Él la necesitaba y ella quería mostrarle su apoyo, su entendimiento, su compasión... su amor, pero sus manos se negaban a obedecerla mientras veía como los músculos de su elfo se tensaban, luchando consigo mismo para respetar sus deseos.

*Tengo que hacerlo. Debo hacerlo porque él me necesita. Sé fuerte, Adara, esto es por el bien de ambos.*

Llenando sus pulmones de aire, la muchacha cerró los ojos, que se empeñaban en comparar a Itagar con su violador, y se inclinó hacia adelante hasta que su frente mojada tocó aquella caliente de su dökkálfar. Sintiendo el aliento tibio acariciar su rostro cuando su nombre salió de los labios de su amado como si fuera un rezo, apretó los labios con fuerza a la vez que sus manos temblaban. Quería correr y alejarse de su pobre chico, aún cuando él no era el culpable de su estado, sin embargo, correr no haría otra cosa que romperles más el corazón a ambos; así que lo soportó y, temblando de pies a cabeza, se ancló al piso de madera sin permitir que su frente se separara ni un centímetro de la de su amado elfo oscuro.

—Adara, basta. No quiero que te fuerces a hacer algo que no deseas —susurró Itagar, observando cómo los iris de su duendecilla eran adornados por rayitas grises y violetas.

—Tú también te estás esforzando.

—Porque quiero abrazarte.

## Acerca del Autor

Nacida y criada en la isla caribeña de Puerto rico, I. Vélez, o Iris para sus amigos, pasó la mayor parte de su juventud soñando en transformarse en vampira o tener dinosaurios como mascotas. Créanme, sé cómo suena. Pero no fue hasta que supo sobre Wattpad que se atrevió a tornar esos sueños en historias y compartirlas con el mundo.

Iris mayormente escribe romances paranormales y fantásticos con héroes atractivos y heroínas malhabladas que tienen algún tipo de conexión con su paraíso isleño, pero también se ha aventurado en otros géneros. Además tiene escritos tanto en inglés y español para el disfrute de ambas comunidades.

Para saber más sobre los mundos de I. Vélez o simplemente conversar con ella, visite su perfil de Wattpad [[@IVelez1](#)]. Ella estará encantada de hablar con un querido lector.

### *Síguela en:*

Wattpad: <http://w.tt/1HifsAE>

Facebook: <https://www.facebook.com/IVelezArtandBooks/?ref=bookmarks>

Twitter: [https://twitter.com/vamplover\\_nei17?s=07](https://twitter.com/vamplover_nei17?s=07)

Instagram: [https://www.instagram.com/mainei\\_bluerose25/](https://www.instagram.com/mainei_bluerose25/)